

QUANI QUETZALCOALT

Francisco Javier Parera Gutiérrez

QUANI QUETZALTCOALT

I

Una gris tarde de invierno me acompañaba en mi incierto viaje. Entonces detuve mi coche ante una majestuosa construcción mientras una desagradable sensación de melancolía se apoderaba de mi estado de ánimo. Y no me equivoqué. Alcé mis ojos para ver una enorme abadía en ruinas. Sólo una parte se hallaba reconstruida y convertida en una antigua mansión.

A continuación salí del vehículo y me adentré por un pequeño jardín. El cantarín murmullo de una fuente me recibió primero. Seguí avanzando. Luego observé en un extremo, entre muros derruidos y frondosa vegetación, una tumba. Ante semejante descubrimiento me acerqué. Se trataba de una lápida de mármol con la inscripción Donna. Cada día había flores frescas.

Entonces una voz seca me sorprendió.

-¿Qué desea? –me preguntó.

Me giré y vi a un hombre alto, de cabello negro. Aunque fuese joven, a través de su cansado rostro se veían innumerables peripecias que le hacían envejecer. Sin embargo ante la visión de aquel cuidadoso sepulcro permanecí como hipnotizado unos segundos.

-...Esta ...estaba... -no podía responder.

El caballero seguía con su rostro impassible.

-Contemplaba esta tumba –dije al fin.

-Sí –afirmó el individuo-, en ella descansa mi esposa, Donna, la única mujer que... Pero imagino que usted no ha venido a este alejado lugar para hablar de ella.

-No, en efecto. Busco al profesor Ricardo Garrido –contesté-. Soy el periodista Edward Harrys de la revista Geography World y quisiese entrevistarle sobre su viaje al Valle de Oaxalanca.

-¿Otro reportero? Pero si él escribió los sucesos de aquella fatídica expedición en un libro.

-Deseamos saber más. Creemos que nos oculta más información.

El individuo sonrió después de oír mis palabras. Luego sin reparar en mi presencia, como si no estuviese allí, se acercó y se arrodilló ante la enorme lápida.

-Nunca debí emprender aquella loca aventura, Donna- dijo-. Ahora solamente deseo reunirme contigo pronto para olvidar el pasado.

Se levantó y nos dirigimos a una puerta pequeña, al lado de un claustro.

-¿Es usted el profesor Ricardo...?

No me dejó acabar la pregunta. Un áspero “Sí” fue su respuesta mientras entrábamos en un enorme salón de muebles

antiguos, con equipo de música y televisión. No tenía nada que ver con la sobriedad del exterior.

Puse sobre la mesa mi libreta de notas, el magnetófono y varias cintas. Es el ritual de cada extensa entrevista. El sombrío personaje sacó un vino añejo y me sirvió un vaso. Nos sentamos cara a cara.

-¿Qué desea saber? -me preguntó.

-Podemos empezar por su nombre y su historial en la Universidad respondí ante la seriedad del entrevistado.

El individuo calló por unos segundos. Parecía que se había formado un nudo en su garganta. Sin embargo reunió todas sus fuerzas y habló.

-Mi nombre es Ricardo Garrido y soy profesor de la Facultad de Vilarona –se presentó-. Además de impartir clases, me dedicaba al estudio de las civilizaciones precolombinas, en especial la cultura azteca. Fui un destacado alumno del desaparecido profesor Barea, quien también en los años setenta investigaba sobre el posible hallazgo del tesoro de Moctezuma.

-¿Siguió de cerca su expedición y su desaparición –pregunté.

-Sí, aunque por entonces era demasiado joven y no reunía las cualidades necesarias para apuntarme en su viaje al Valle de Oaxalanca. Por tanto partió de Vilarona con otros arqueólogos. Por las noticias de la

televisión y los diarios, se sabía que se hallaban en las cumbres de las montañas que bordeaban la inmensa llanura. Se proponían bajar por una ladera a pesar de la reinante niebla. De repente la emisión por radio se cortó y las imágenes de las cámaras que llevaban sufrieron interferencias. Se perdió contacto con los componentes de la expedición. Entonces se envió a Méjico un equipo de salvamento. Los aviones que sobrevolaron la zona solamente vieron niebla. No se volvió a mencionar ese asunto.

-Sin embargo aquí pone que el profesor Barea apareció diez años después en Veracruz –dije mientras señalaba mi carpeta con unas notas.

-En efecto. Su aspecto era deplorable y su rostro demacrado reflejaba múltiples penurias. Gritaba de un modo demencial las palabras Quani Quetzaltcoalt. Y decía cosas incoherentes.

-Por ejemplo...

-Repetía constantemente, entre alaridos, que tuviésemos cuidado con el regreso de los aztecas. Se habían vuelto más fuertes y no nos perdonaban el exterminio de los conquistadores. Alegaba que él era el único superviviente de aquella expedición y que había escapado a través de unos pasadizos entre las montañas. Murió murmurando el nombre de Mocematoc y la advertencia

“Cuidado con la Malinche”. No comprendimos el significado de sus delirantes palabras.

-En su historial universitario pone que sabe leer y traducir los idiomas azteca y maya. ¿Qué significan los términos referidos?

-Quani es Rojo o sangre en azteca. Por tanto Quani Quetzalcoalt se traduce como la sangre del Quetzalcoalt. Era el dios temido por ellos. Se trataba de un pájaro serpiente o la serpiente emplumada. Mozatemoc es un nombre y Malinche...

Al decir esa palabra, sonrió de nuevo.

-Malinche significa princesa, un título de honor entre los aztecas –respondió enseguida-. Así se llamaba la india que sedujo con sus encantos a Hernán Cortés y que sirvió de traductora cuando entablaron conversaciones con Moctezuma.

-¿Y usted? ¿Qué hizo durante esos diez años antes de reanudar los pasos del profesor Barea?

-Se puede decir que no perdí el tiempo. Me licencié con buenas notas en la carrera y estudio de culturas precolombinas. Obtuve más puntuación al poseer un amplio dominio de esas lenguas. Mis traducciones y artículos sobre estos pueblos se publicaron en numerosas revistas de ciencia y después de la presentación de la tesis, obtuve mi soñado puesto en la Universidad como profesor.

“Durante ese período de costoso aprendizaje conocí a Donna, una hermosa

muchacha de cabello negro y rizado. Tenía una cultura exquisita y muy refinada. En su caso se dedicaba a estudiar la antigua filosofía de Europa e idiomas como el latín y el griego. Nos conocimos precisamente en una conferencia del profesor Barea. De la amistad surgió la llama del amor y se acabó convirtiendo en mi esposa. Tenía un carácter alegre mientras yo, inmerso en los trabajos del difunto catedrático, apenas conocía la risa.

“Donna se encargó de quitarme esa opresión. Vivíamos en una zona lujosa de Vilarona. Continuamos nuestros respectivos estudios y trabajos, pues ella era profesora de Latín. Pasaron cuatro años de felicidad como si fuesen una larga fiesta de cumpleaños. Un día se quejaba de una extraña dolencia que ningún médico pudo diagnosticar y murió. Veía cómo su vida se iba consumiendo lentamente en el lecho sin poder hacer nada.

“Cuando falleció, compré con parte de la fortuna de mis padres esta vieja abadía. Restauré el ala este del edificio y se acondicionó como una vivienda. Luego ordené que trajesen el ataúd con los restos de mi amada y ahora descansa aquí, como ha podido comprobar. Estuve unos meses sin dar clases y me alejé del mundo exterior.”

-...Hasta el regreso del profesor Barea – proseguí yo-. ¿No es así?

-Sí, entonces fui reclamado por destacados estudiosos de Arte Precolombino

y volví a la Universidad. Teníamos mucho trabajo, aunque las contradictorias revelaciones de un hombre torturado física y mentalmente no nos proporcionase demasiados datos.

-Después de su fallecimiento se habló de realizar otra expedición.

-Sí, pero no fue inmediatamente. Siempre se comentó e incluso cuando todavía el Sr. Barea permanecía desaparecido en Méjico. Un año después de su muerte empezamos a tratar con más seriedad el tema.

-¿Me puede concretar cómo fue?

-Se presentaron a mi abadía los profesores Harriman y Bassler, quienes además de antiguos compañeros de clase, fuimos seguidores de las teorías de Barea. Aquí, en este mismo salón, me mostraron un papel. Contenía la grafía y palabras aztecas.

A continuación el Sr. Garrido se levantó de su silla y se dirigió a un mueble. Sacó de un pequeño escritorio una caja que me puso encima de la mesa.

-¡Ábrala! -me ordenó.

Y lo hice. Había en su interior viejas fotografías de los expedicionarios del primer viaje encabezado por el Sr. Barea y por la segunda incursión, mandada por Harriman. Luego vi un amarillento papel.

-¡Léalo! -me dijo el individuo.

Se trataba de unas palabras que no guardaban cierta coherencia. Estaban escritas

de un modo acelerado y la caligrafía pertenecía al Sr. Barea, pues se comprobó posteriormente con otros documentos de la Universidad.

Decía:

“El camino a través de una enlosada calzada azteca... Luego llegarás a las montañas que nos separan del Valle de Oaxlanca. La llave para entrar es la Puerta de los Dos Coyotes. Sigue el sendero de la oscuridad... ¡Cuidado con las criaturas de las tinieblas y los traicioneros abismos que os rodearán! Después encontraréis la salida y veréis las maravillas de Tenochtitlan Iyac.”

-¿Y qué significan estas palabras? – pregunté.

El profesor se rió ante mi comentario, pero sus leves carcajadas sonaban con un aire melancólico.

-Era el itinerario que nos ayudó en nuestra expedición. Mientras explico mi narración, comprenderá esos puntos sin aclarar.

-¿Y dónde encontraron este documento?

-Entre los harapos que llevaba el Sr. Barea, cuando fue descubierto mientras vagaba como hipnotizado por las calles de Veracruz. Pensaron que se trataba de un mendigo más, pero luego se comprobó que

era el doctor. A través de ese papel nos mostraba otro camino, el de su vuelta.

-Y a partir de su regreso y este documento se animaron para una segunda incursión...

-Sí. Hablamos de un nueva expedición, sin embargo yo me mostré escéptico, pues los tesoros -y menos el de Moctezuma- no se indican por mapas. Si el estudioso Barea no lo había encontrado... ¿Qué íbamos a hacer nosotros, unos sencillos aprendices a su lado? Además supongamos que lo descubrimos en algún lugar oculto del Valle de Oaxalanca... Para los aztecas el oro no era valioso, mientras para los conquistadores españoles, sí. Para los indios su moneda eran granos o semillas cacao y plumas del Quetzal. Solo descubriríamos eso. De una cosa estábamos seguros, que aquellos expedicionarios encontraron algo en esa llanura, algo que no les permitió volver. Creo que fue esa curiosidad, el motivo del descabellado viaje.

-¿De qué base parten para suponer que existía un tesoro?

-Cuando Cortés aplastó a los rebeldes aztecas en Tecnoctitlan, los escasos supervivientes quisieron marcharse de aquella ciudad en ruinas. Quatemoc, el hermano pequeño del difunto Moctezuma, se entrevistó con Cortés y éste accedió, pues no había peligro en dejar que huyesen niños y

mujeres. Hasta aquí la Historia afirma que aquel puñado se refugió en las montañas, pero la leyenda asegura que fue un modo de salir del cerco. Ese puñado de gente se reunió en el Valle de Oaxalanca, mientras a través de túneles, los indios sacaron el oro de la devastada capital. Como he dicho antes el oro era apreciado por los conquistadores y que, en el futuro, iba ser usado por los aztecas para pagar un ejército capaz de rebelarse contra Cortés y tomar el mando de Tecnotitlan otra vez. No pudo ser. Pero el tesoro sigue sin aparecer.

-¿Y usted? ¿Qué cree?

-Fui partidario de la expedición para poder reanudar mis estudios sobre las civilizaciones precolombinas.

-No ha contestado a mi pregunta...

El profesor me miró con un gesto severo. Volvió a llenar los vasos de vino y, después de un trago, prosiguió.

-No, no tenía mis esperanzas puestas sobre ese mítico oro –dijo amargamente-. Sin embargo me tuve que rendir ante las evidencias.

-Siga, por favor.

-Empezaron los preparativos de la nueva expedición, un banco y dos empresas nos patrocinaban el viaje. Se ultimaron los detalles que faltaban. Por esos días llegó una muchacha de cabello negro, largo, liso, piel morena, ojos rasgados. Se llamaba Felicia

Camacho, era una profesora de la Universidad de México, capital, y pertenecía al mismo grupo de estudiosos del trabajo del Sr. Barea. De hecho se unió a nosotros en la expedición, pues nos serviría de gran utilidad para conocer el terreno y la desaparecida lengua azteca. Hablamos de eso cuando se presentó a mi abadía.

“Observaba a la muchacha... En su rostro no se podían disimular los típicos rasgos de una india. “Mi abuelo era mestizo y me contaba leyendas sobre el origen de nuestro pueblo“ me decía ella ”por ello encaminé mis estudios por la historia azteca”. Alegaba que un antepasado suyo era un destacado general que luchó al lado de Moctezuma contra los españoles y que llegó a ser un mudo testigo en los momentos de agonía del emperador azteca y habló con la famosa Malinche de Cortés, que según afirman los tratados, hizo unas traducciones bastante erróneas cuando dialogaban sobre asuntos diplomáticos entre conquistadores y nativos. Aquella india deformaba el tema de la conversación para su astuta conveniencia.

-Luego vino el momento de la partida...

-Así es. En la estación de trenes de Vilarona nos hicimos las fotografías de protocolo. Los componentes de la loca aventura éramos catorce. Luego en Méjico conoceríamos al guía. Seríamos quince definitivamente. Emotiva fue la despedida de

Carlos, un ambicioso estudiante que se apuntó en el último momento a nuestra aventura. Daba constantes besos y abrazos a su novia Paula. Durante el comienzo de la expedición empezó a hablar sobre sus proyectos y sobre su amor. Normal... Era el más joven del grupo y todavía tenía muchas ilusiones. Siempre llevaba en su cartera la fotografía más reciente de su novia.

“Luego... la misma escena en el aeropuerto... Cargamos con muchos fardos, mochilas, cámaras de video, la indumentaria típica de un expedicionario que caminaría por montañas, aparatos de medición... No parecíamos un equipo de arqueólogos.

Después de esas palabras el profesor apuró el vaso. Había caído la noche y los árboles del jardín que envolvían la abadía adquirieron un aspecto siniestro. Había encendido la luz. Decidimos parar unos minutos, pues se veía que pensaba explicarme más datos de su viaje.

II

El arqueólogo se levantó de su silla y se acercó a la ventana. Se quedó como una estatua ante las cortinas y lanzó una mirada a la tumba de su amada.

-Buenas noches... -murmuró o por lo menos me pareció oír.

Se volvió a sentar ante mí. Cambié la cinta del magnetófono y me puse hacer un estúpido dibujo en el margen de mi cuaderno de notas. Espera a que el caballero reanudase su relato. Su silencio me incordiaba. No sé si era porque no sabría el final de la historia o porque su mortal herida en las entrañas no le permitirían acabar la entrevista.

Carraspeé un instante.

-Cuando quiera, Sr. Garrido, podemos seguir -dije. Y acaricié el botón de la grabadora.

-Sí, continuemos -respondió él.

-¿Hubo incidentes durante el viaje?

-No, el trayecto en avión hasta Veracruz no presentó ningún problema. Fue un vuelo normal. Quizás la larga espera en el aeropuerto se hizo insufrible para el nervioso y cuidadoso Harriman, quien tenía siempre las ideas planificadas en su mente y aquello que se programa de antemano no sale como se pensaba hacer. Partimos de aquí el quince de

octubre de 1998. Llegamos a Veracruz donde nos esperaban la profesora Felicia Camacho y un guía con rasgos mestizos muy acentuados. Su nombre era Osvaldo Fuentes. Dormimos en un buen hotel. De hecho aprovechamos aquella noche de descanso, pues durante muchos meses no sabríamos qué eran las comodidades de la civilización actual.

“Por la mañana nos acompañaron hasta la afueras de la ciudad periodistas y reporteros con cámaras de la televisión al hombro. Subimos a unos viejos y destartalados “jeeps” y durante cuatro días seguimos la ruta que nos marcaba una carretera mal pavimentada y llena de socabones. En el fondo, entre la niebla, distinguíamos las montañas que nos separaban del famoso valle.

“Por la noche descansábamos en sacos de dormir y teníamos como techo la oscuridad y las estrellas. Empezábamos a notar qué era una blanda cama. El fuego de las hogueras en el centro del improvisado campamento apenas nos calentaba. El guía decía con ironía que todavía tendríamos que soportar más penurias.

“A la mañana siguiente reanudamos el trayecto. Entonces el amable mejicano nos dijo que teníamos dos opciones: pasar una noche en aquella llanura o dormir en Aquetipa, un pequeño pueblo con su hostel para extranjeros. Los componentes de la

expedición dijeron que estaban de acuerdo en descansar sobre un mullido lecho unas horas más, pero Felicia se opuso y recordó las pintorescas costumbres que tenía esa localidad, sobretodo ahora, el 1 de noviembre, el Día de Difuntos.

“Entonces recordé la particular manera de los mejicanos para celebrar esa festividad. Para ellos no era más que un motivo más de diversión. Representaban en la calle obras teatrales sobre la Muerte, se disfrazaban con máscaras de calaveras, y bailaban al compás de guitarras y rancheras.

-Entonces... ¿Decidieron pasar la noche en Aquetipa?

-No, el hecho de dormir allí era una anécdota. Llegamos al atardecer. Las calles estaban desiertas. Quizá algún perro flaco paseaba entre montones de basura. En el centro había una plaza y una iglesia. De repente, de los arcos de una casa señorial salieron unos hombres y mujeres con la indumentaria de mariachis y con esas macabras máscaras. Bailaron ante nuestros ojos y la plaza se llenó en pocos segundos de gente con los mismos atuendos. Rodearon los vehículos y tuvimos miedo de aquellos graciosos. Dejaron de mirarnos y el pueblo se convirtió en un gigantesco escenario para una obra teatral. Sin salir de los “jeeps” contemplamos a una pareja de novios que se abrazaban. Tenían rostros demacrados y unos

mariachis iban detrás de ellos con unos ataúdes. Entre rancheras y otros danzas de guitarra destacaban dos individuos altivos con la misma máscara que entonaban unos versos desagradables.

La citada pareja simulaba una caída y quedaba inerte sobre el suelo de la plaza. Entonces llegaban los caballeros de los ataúdes, los dejaban sobre la tierra. A continuación los abrían y metían en ellos a quienes habían fallecido, se suponía... Entonces un comentarista concluía la historia en verso. Y a continuación volvieron a sonar las guitarras y sus gritos de alegría.

Harriman ordenó que saliésemos de ese pueblo de locos. Sus refinadas costumbres de la vieja Inglaterra chocaban desde luego con esa mentalidad. Sin embargo los expedicionarios se asustaron otra vez cuando vieron que los macabros mariachis se acercaban a nuestros vehículos otra vez. Entonces pisamos el acelerador y abandonamos Aquetipa. Sus habitantes debían abrir paso para que no se sintieran protagonistas de su obra teatral.

-Por tanto, pasaron la noche en la llanura...

-Por supuesto. Preferíamos el frío y los aullidos de los coyotes que dormir al lado de unos locos. ¡Ja! Ahora recuerdo que Felicia se enfadó con el guía, pues ella advirtió que aquel lugar no era el adecuado para

descansar. Osvaldo se reía mientras tomaba grandes tragos de tequila ante su hoguera. Además se unió a esa pelea verbal Harriman, que no deseaba arriesgar la vida de los expedicionarios.

“El día siguiente amaneció nublado. Después de un frugal desayuno, subimos a los “jeeps” mientras pensábamos que la estancia en Aquetipa solamente era una pesadilla. Yo creo que empezamos mal nuestro viaje, la llegada a ese maldito pueblo solamente se trataba del comienzo de una serie de desdichas.

“Por la tarde llegamos hasta las montañas. Por la mañana iniciaríamos el ascenso. Y así lo hicimos.

-¿Y los vehículos?

-Regresaron a Veracruz. Sus conductores fueron más afortunados. Desde ese momento nosotros cargábamos con todo el equipo de estudio. Quiero que piense que subir esos montes era un paseo. No los escalábamos. Había senderos que utilizábamos en nuestro trayecto, pero a veces avanzábamos entre verdaderos desfiladeros, donde un ataque por sorpresa sería fatal para la comitiva. Descansábamos en pequeñas llanuras..., pero el camino siempre era muy accidentado.

“Pasamos la primera noche entre aquellas duras rocas. Durante la cena Carlos se puso melancólico y quizás deba añadir

pesado y sacó la fotografía de su amada Paula. Se me acercó para hablarme de ella, de sus cualidades y de sus defectos... Cuando acabé mi lata de conservas, me levanté y alegué que deseaba caminar por los alrededores antes de descansar. De este modo me alejaba amablemente de los constantes elogios del muchacho a su novia. ¡Ah, el amor! Yo también pensaba como él cuando conocí a Donna... Ahora solamente quedan recuerdos y su tumba... Y esa noche contemplé las estrellas con calma. Nunca me pareció ese espectáculo tan bello. Era el final de una etapa del viaje para dar comienzo a un sinfín de desdichas...

Dejé que el arqueólogo hablase de ese amargo modo, permití que se desahogase durante unos minutos, pues así adquiriría más confianza y me contaría detalles de la aventura que por ahora permanecían en silencio.

-Mientras los componentes dormían ante una improvisada hoguera –prosiguió el profesor-, Harriman, Bassler y yo mirábamos un pequeño expediente sobre el difunto Barea. Observábamos viejas fotografías, una ruta trazada sobre un amarillento mapa. Debíamos estar cerca del lugar donde se interrumpió la emisión. Sin embargo... ¿Qué debieron ver para que solamente regresase el doctor con la mente gravemente dañada...?

“Las instantáneas fueron tomadas desde una avioneta. La constante niebla no permitía ver el Valle de Oaxalanca. Bassler me pasó otra fotografía en un día más claro. Me parecía ver una mancha enorme, oscura... Harriman dijo que podría tratarse de un lago. A su alrededor había pequeños surcos. Y yo añadí que podían ser canales de riego o tierras trabajadas por campesinos. Si era así, nos podíamos encontrar con otra nueva civilización.”

“Entonces oímos ruido de pasos. Nos pusimos en pie de un rápido salto, mientras Harriman guardaba otra vez los papeles en un sobre. Se trataba de Felicia. Se sintió preocupada al ver nuestra hoguera y por ello se acercaba. “Debemos dormir “ concluyó Bassler mientras se dirigía a su tienda. La profesora me miró por unos instantes. Sus rasgos indios convertían a aquella figura en una mujer atractiva. Pero el recuerdo de mi esposa no me permitía demasiadas alegrías y yo, después de un sencillo “Buenas noches”, me encerré en mi tienda.

-¿Y encontraron esa... Puerta de los Dos Coyotes...?

-Todavía no, pues surgieron una serie de inesperados problemas...

“Durante diez kilómetros nos guió una calzada azteca bien marcada. Ese hallazgo nos dio nuevos ánimos. Nos agachamos para inspeccionar esas piedras bien encajadas que

se perdían en un desfiladero de las montañas. No teníamos duda. Era estilo arquitectónico de la época de Moctezuma I. Sin embargo nos extrañaba su buen estado de conservación, pues, en otras excavaciones arqueológicas para descubrir el escalón de una posible pirámide maya, estaban trabajando varios días.

Por la noche nos reuníamos los tres cabecillas Harriman, Bassler y yo para volver a ver las citadas fotografías, como si nos aportasen algún dato nuevo cada vez que eran observadas. Nada... Y al día siguiente empezaron otra vez los problemas...

-¿Se refiere a los bandidos?

-Sí. Pensaba que solamente pasaba en las películas o en siglo XIX, pero las montañas siguen siendo un buen reducto de forajidos. Al mediodía mientras comíamos tranquilamente, nos pareció oír unos extraños sonidos. ¿Se trataba de algún juego del eco en aquellos recortados y altivos desfiladeros? Se podría hacer cualquier broma acústica. ¡No! Antes de coger nuestros rifles, nos rodearon unos veinte individuos con sus viejos fusiles. Todavía no sé cómo salieron de las rocas. El que encabezaba la banda era alto y llevaba un casco metálico que ocultaba su rostro. Nos apuntaron y arrojamos las armas.

-¿Cree que podría tratarse de algún movimiento guerrillero?

-No, no –el arqueólogo lanzó una leve y amarga sonrisa-. No, sencillamente se trataba de unos vulgares ladrones con instintos homicidas. Si fuesen un grupo de luchadores por una causa política o social hubiesen manifestado su ideología desde el primer momento. Aquellos bandidos iban a robar al caminante indefenso.

“No llevamos nada de valor” repetía incesantemente Harriman, pero el rudo jefe de los salteadores golpeó con saña al inglés y a dos más que se oponían a que registrasen el equipo. Al comprobar que, en efecto, éramos una sencilla expedición dedicada a la investigación arqueológica, su rabia no conoció límites y destrozaron nuestros aparatos de medición. Pero se quedaron con las cámaras, pues pensaban venderlas en el pueblo próximo.

“Después de obtener ese botín, quizás nos dejarían marchar. No fue así. Nos ataron y nos llevaron prisioneros a su campamento, situado en una cueva cercana. También vimos su despiadada crueldad. Una expedicionaria se puso histérica y cayó bajo un certero disparo en la cabeza. El fusil del enmascarado humeaba. Un arqueólogo quiso abalanzarse contra él, pero también cayó de otro tiro. Aquel personaje no cedía ante nada. Proseguimos el trayecto con nuestros fardos. Al menos tenían más víveres y armas, debían pensar.

Las cuevas donde ellos se alojaban eran profundas y oscuras. Nos dejaron en una fuertemente maniatados y con dos centinelas en la puerta. En las otras aberturas de aquel rellano dormían y comían.

-Pero... ¿Qué pretendían hacer con ustedes?

-Todavía no lo sé, de hecho nunca lo supimos. Quizás querían canjearnos por otros prisioneros o pedir un rescate a los familiares. No lo sé. Dormimos una noche en aquella húmeda cueva, bueno era un intento, pues los nervios no nos permitían descansar sin sobresaltos.

“Alguna expedicionaria lloraba en un rincón. Harriman y Bassler permanecían serios. Yo daba por perdida mi existencia allí y esperaba en cualquier momento un final rápido y sin dolor. ¿Para qué nos vamos a engañar? En cambio Felicia y el guía estaban como impasibles, como si nada hubiese pasado.”

-Y... ¿Después...?

-Por la mañana nos despertaron con patadas y golpes. Nos desataron unos minutos para darnos unos cuencos llenos de comida. Luego nos volvieron a maniatar y desaparecieron. No nos volvieron a molestar el resto del día. Y los centinelas estaban seguros que no podríamos salir jamás de allí sin ser vistos por ellos.

“Harriman y yo no esperamos tanto tiempo. Creíamos que morir en el intento era una buena compensación para librarnos de aquellos forajidos. Así, planeamos entre cuchicheos la fuga por la noche y, cuando ésta cubrió los montes, el inglés y yo nos deslizamos hasta un extremo de la cueva. Una delgada y afilada estalactica nos cortó las ligaduras a Harriman y a mí y disimuladamente los demás se arrastraron al fondo de la cueva donde la luz de las antorchas no dejaban ver nuestra acción. Una vez libres, fingíamos estar atados antes de planear cómo abandonar la cueva. Decidimos esperar más tiempo.

-¿Cómo lo consiguieron? Si no tenían armas...

-Por una vez la buena suerte estaba de nuestro lado. Los bandidos se sentaron ante una enorme hoguera en el centro del rellano montañoso y después de pasarse unos platos de carne asada con chili se intercambiaron tequila y unos pequeños odres de vino. A medianoche estaban todos borrachos y tambaleantes. Los centinelas se confiaron demasiado y se quedaron adormilados. El resto ya descansaba hacía una hora.

Harriman y yo operamos al unísono. Agazapados como felino, nos acercamos a los guardias que estaban sentados en la entrada de la cueva. Empleamos como armas una buena piedra y golpeamos a la vez sus

cabezas. Cayeron inconscientes. Con disimulo arrastramos a los bandidos hasta el fondo de la cueva y los atamos. El inglés y yo nos asomamos con cuidado por la obertura. El resto de los bandoleros dormían y su sueño era profundo.

“Ordenamos que los expedicionarios prosiguiesen el camino que ya teníamos pensado de antemano cuando no nos habían atacado todavía. Felicia pensó que debíamos coger comida, pues nos aguardaban condiciones muy duras para sobrevivir entre aquellas montañas. Entonces, mientras otros dos se acercaban al lugar de los víveres para cargar con cuatro cantimploras y carne seca, Harriman, el guía y yo nos arrastramos hasta la cueva donde guardaban las armas. No tenía vigilancia. Y empezamos a cargar con los rifles que pudimos.

“Vimos una sombra. El inglés perdió los nervios y apuntó en esa dirección, dispuesto a disparar y a despertar a todos los malhechores de la cordillera. Pronuncié un susurrante “no” y después apareció... Felicia, que también deseaba unirse a nosotros para robar más municiones.”

-Vuestro valor era increíble.

-No creo que se trate de valentía. Sencillamente nos acompañó la buena suerte y logramos abandonar el campamento, cuando las llamas de su hoguera ya se empezaban a extinguir. Nos reunimos con el

resto de los expedicionarios, nos repartimos los rifles y, sin descansar, continuamos caminando entre aquellos peñascos, amparados por la oscuridad.

Llegó el amanecer y no debimos avanzar mucho, pues oíamos las voces de alarma de los bandoleros. Habían descubierto que habíamos huido.

-Y entonces...

-Aceleramos el paso. Con la luz del día podíamos caminar sin el miedo de caer en un abismo. Sin embargo pienso que el temor de ser capturados otra vez por los salteadores con sus posibles represalias nos dio nuevos ánimos.

“Sonó un disparo que entre aquellos muros parecía un trueno. Nos refugiamos en las rocas e iniciamos un intercambio de tiros contra los bandidos. Parapetados ellos también tras otras rocas, no se dejaron intimidar. Sin embargo no éramos soldados, éramos unos arqueólogos que no habíamos aprendido a manejar un fusil, por tanto gastábamos pólvora y munición estúpidamente. Estaba yo al lado de Harriman. Caían unas gotas de sangre a mi hombro... Y el inglés se desplomó. ¡Era el primer disparo que había sonado en el desfiladero! ¡Había alcanzado mortalmente al jefe de la expedición! Los bandidos estrechaban el cerco. ¡Otro disparo! Entonces oí un gemido de dolor. Cuando me giré vi cómo Carlos se

aferraba a la pierna izquierda con desesperación con una horrenda mueca en su rostro. Sus pantalones se teñían de sangre por momentos. Habían alcanzado al muchacho. Una arqueóloga se acercó a él y miró su herida.

A continuación observé que teníamos a la derecha una pequeña llanura y una gigantesca montaña. Entonces observé una obertura en ese muro.

-¿Qué era?

-La Puerta de los Coyotes. Sí, aunque las efigies de los animales de piedra estuviesen muy desgastadas, eran reconocibles. Uno en cada lado... Y se veía un majestuoso portal... Arriba estaba la inscripción Quetzalcoalt. Sin duda era la verdadera entrada al Valle de Oaxalanca.

-¿Y cómo pudieron eludir a los salteadores para entrar en esa puerta?

Ante mi pregunta el arqueólogo calló por unos instantes. Yo me había leído previamente su libro, en el que decía que se arriesgaron a pasar por el paraje entre los constantes disparos.

Entonces los ojos del Sr. Garrido lanzaron un extraño brillo.

-¡Era imposible! –exclamó como asustado-. Entonces escuchamos un horrendo rugido semejante a mil truenos. La tierra temblaba... Cerca de nuestro particular campo de batalla se hallaba una enorme

bestia que no conseguíamos calificar. Un cuerpo rechoncho se levantaba sobre dos gruesas patas con poderosas zarpas. Aquel monstruo tenía una enorme cabeza de reptil con largos colmillos. Su cola era grande. Tenía dos extremidades ridículamente pequeñas y atrofiadas como posibles brazos. Pero la ferocidad del singular animal residía en sus babeantes mandíbulas.

“Irrumpió entre los dos fuegos. Y dirigió una rápida mirada a donde estábamos nosotros. Se proponía devorarnos y, antes de acabar entre sus zarpas, los bandidos perdieron los nervios y empezaron a disparar contra el reptil. A pesar de su enorme corpulencia, la gigantesca mole se dio cuenta de quién atacaba sus espaldas y, de un rápido movimiento, se giró y destrozó a aquellos ladrones. Sus cuerpos quedaron mutilados... Troncos y extremidades permanecieron esparcidos entre charcos de sangre.

“Mientras tenía lugar esa masacre, nosotros, los expedicionarios reaccionamos a tiempo y aprovechamos esos momentos de confusión para introducirnos en la Puerta de los Coyotes. Nos retrasamos, pues la incipiente cojera de Carlos no nos permitía acelerar el paso. Permanecimos ocultos en el umbral. Sin embargo la bestia no quedó satisfecha con los salteadores y se dirigió hasta la entrada. Sin embargo no podía entrar ni su cabeza. Se enfureció y dio fuerte golpes

con su cola. Entonces se produjo un derrumbamiento. Nos apartamos del umbral y avanzamos unos metros para no ser aplastados. Cayeron rocas que taponaron inmediatamente la abertura. Ahora ni nosotros podíamos salir, ni él entrar.”

Después de explicar la increíble historia, el arqueólogo permaneció en silencio y tomó otro trago.

Yo, como periodista, no me podía creer esas palabras. Entonces recordé al entrevistado la primera versión relatada en su libro.

-¿Y usted piensa que la gente aceptaría la historia del dinosaurio? –preguntó con ironía-. Me llamarían loco y no podría impartir mis clases. Me hubiesen encerrado en un sanatorio para dementes. Usted, por ejemplo, no ha podido disimular en su rostro la sorpresa cuando me he referido a ese reptil. Piensa que es objeto de la ficción o de un sueño.

-Me creo su historia, pero antes de contarme su estancia en esos pasadizos – dije-, me gustaría que volviésemos al tema del monstruo.

-Se trataba de un Tyranosaurus Rex, un animal procedente del Jurásico. Se extinguió hace sesenta y cinco millones de años. No me pregunte cómo consiguió sobrevivir y si había más porque no lo sabemos. Su oportuna aparición nos permitió escapar de los

bandidos. Pero ahora, atrapados en esos túneles, teníamos como único camino avanzar entre las tinieblas. El guía llevaba un pequeño mechero que los salteadores no consiguieron robar. Entonces con unas ramas secas y tela improvisamos un par de antorchas.

-Y continuaron su trayecto a través de esos pasadizos...

-Sí, avanzamos con la esperanza de encontrar una salida pronto, pues deducimos que el Sr. Barea llegó a escapar por ese camino. Estábamos muy desesperados Apenas descansamos unos minutos y seguimos... No supimos cuánto tiempo tardamos en atravesar aquella montaña desde sus entrañas, pues nos robaron los relojes. Ni tuvimos tiempo de llorar la desaparición de nuestros compañeros de equipo.

III

El arqueólogo corrió las cortinas. En ese momento amanecía. Su narración era tan interesante que el tiempo pasaba con rapidez, sin darnos cuenta. Para él no era reconstruir unas vivencias pasadas, era como si estuviese de nuevo entre sus desaparecidos compañeros a través de aquellos peligros peñascos.

Se volvió a sentar. Dije que si estaba muy cansado, se podía aplazar la entrevista, pero el profesor Garrido se negó a ello. Quizá se sentía demasiado animado por contar la verdadera versión de la historia. Cuando su libro fue publicado, seguramente tuvo que suprimir una serie de detalles e inventarse otros, pues no sabría cómo reaccionaría el público y, lógicamente, su círculo de amistades de la Facultad. El tema del reptil del Jurásico era un claro ejemplo que se añadía a su última versión.

-¿Continuamos? -pregunté.

-Un momento, por favor -contestó él secamente.

Se volvió a levantar de su asiento. Estaba como inquieto. Entonces me dijo que no me moviese. Se dirigió a una habitación contigua al salón y salió al jardín con un ramo de flores frescas. Desde la ventana contemplé

un ritual que debía cumplir el destrozado historiador cada mañana. Depositar sobre la lápida de su esposa flores y llevarse las marchitas. Se arrodilló por unos instantes ante la sombría tumba. La brisa de la mañana era húmeda y las nubes se oscurecían. La lluvia amenazaba con fastidiar el día . Regresó a la abadía y entró luego en el salón con un discreto desayuno, tostadas y café para mantenernos con ánimos en la larga entrevista, pues llevábamos horas sin comer. Solamente hablaba él.

-Ahora ya podemos continuar – respondió con tranquilidad.

-Nos hemos quedado en la entrada de esos túneles –dije.

-Avanzamos unos metros con la luz de las antorchas. Los muros se ensanchaban y el techo se elevaba majestuosamente. En las paredes se observaban unos trabajados bajorrelieves. Felicia y yo nos detuvimos para ver a un hombre armado con una lanza, disfrazado de pájaro, que danzaba sobre unas cabezas. Después había una inscripción en lengua azteca.

-Quani Quetzalcoalt... –decíamos casi al unísono la muchacha y yo.

“El resto de los expedicionarios también se pararon unos momentos para ver las diferentes escenas de guerra que se sucedían en el muro. Desgraciadamente sin el equipo de investigación no podíamos hacer nada.

Éramos mudos testigos de hechos importantes sin tener pruebas. Mientras los arqueólogos se acercaban para mirar esos magníficos dibujos, Felicia y el guía intercambiaron una sombría mirada. Entonces habló Osvaldo. Recomendaba que prosiguiésemos esa única ruta, pues aunque tuviésemos agua en cantimploras y carne seca, no sabíamos si aquellos túneles tendrían una salida. Movimos a Carlos e intentamos que se incorporase, pero en pocos minutos la herida se había agravado. Era más serio de lo que parecía al comienzo. Nos acompañaban su dolorosos gemidos. Comprendíamos que el muchacho sufría y, a turnos, entre dos personas lo cogíamos a hombros.

-Y avanzaron...

-El techo se elevaba más. Y desembocamos en un gran salón de gigantescas bóvedas, sustentadas por gruesas columnas de piedra negra. Era como si estuviésemos en el interior de una enorme catedral, pero excavada en las entrañas de esa montaña. Desde ese momento supimos que detrás de aquella belleza arquitectónica se escondía una civilización enriquecida culturalmente. También presentíamos que se ocultaban múltiples peligros. A veces el camino se estrechaba y caminamos sobre frágiles puentes de piedra, mientras abajo el rugiente abismo esperaba nuestra caída en

cualquier momento. Con Carlos el recorrido se hizo más difícil y más lento. Sufría frecuentes desvanecimientos. Creo que había perdido mucha sangre y su herida se había infectado. Pero... ¿Qué podíamos hacer? No teníamos medios para curarle. No nos quedaba ni unas miserables vendas. Tuvimos que aplicar un torniquete con un pañuelo desde el primer momento.

“Bassler oía el rumor de enfurecidas aguas, pero sigo afirmando que pudiese ser un efecto del sonido, provocado por nuestros propios pasos en un paraje que hacía años no era pisado por el pie humano. Y repito: Era una lástima la falta de cámaras fotográficas, pues solamente quedaban las palabras como testimonio.

“El trayecto se convertía en una tarea accidentada, pues en algunos instantes debíamos subir por interminables escalinatas. Y como siempre a ambos lados, el insondable abismo...

“Nos detuvimos en un rellano y decimos comer un ración de esa carne seca que conseguimos recuperar de los ladrones. También repartimos equitativamente el agua. Reservamos más a Carlos, quien en sus estados febriles murmuraba el nombre de Paula. Lógicamente no tenía hambre. Nos miramos entre nosotros y con ese gesto deducimos que no aguantaría demasiado. Debimos caminar muchas horas, pues nos

sentimos fatigados y nos quedamos dormidos. Estábamos seguros... No había nadie más en ese lugar, por tanto no hicimos turnos de guardia.

“Entonces una horrenda pesadilla marcó mi velada de sueño. Veía una gigantesca pirámide escalonada. Y avanzaban una hilera de hombres y mujeres prisioneros, cubiertos de sangre. El líquido rojo también se deslizaba por los muros de la construcción. Arriba esperaban unos brujos que con su delgado cuchillo de obsidiana desgarraban el pecho de la víctima sobre un altar de piedra y sacaban su corazón. Y escuchaba el solemne y aterrador cántico de los aztecas para sus sacrificios: ¡Quani Quetzalcoalt!

“Desperté. Mi cuerpo estaba cubierto de sudor. Tenía una sed abrasadora. El resto dormía y no se percató de mis bruscos movimientos. Podría beber a escondidas más agua, pero no sería un caballero ante mis compañeros de viaje. Me di la vuelta para conciliar el sueño, pero no conseguí dormir. Aquella visión era un siniestro juego de mis estudios sobre aztecas, los libros con los determinados grabados y las penurias pasadas en la cordillera. Mi subconsciente hizo el resto. Inquieto, decidí pasear por los alrededores. Pero mi desasosiego iba en aumento, por tanto cogí una antorcha y un rifle y me adentré por un pequeño pasadizo que se abría en ese rellano.

“Avancé. Se estrechaba... Vi nuevos bajorrelieves que en realidad no hacían más que repetir mi pesadilla. La humedad era palpable y del techo caían gotas de agua. Su intermitente sonido me ponía nervioso. Entonces para rematar mi alterado ánimo la antorcha se apagó. Entrar allí fue una imprudencia y ahora lo pagaba. Decidí avanzar unos pasos y utilicé el rifle como hacen los ciegos con su bastón blanco. Daba pequeños golpes de culata en el suelo para seguir caminando. De repente... ¡No tocaba nada! ¿Qué era aquello?

-Las losas desaparecieron bajo sus pies...

-Sí. Retrocedí unos pasos y me agaché. Me hallaba ante la enorme abertura de un pozo. En aquel momento si hubiese avanzado entre la oscuridad, habría caído. No me preocupé de saber que había en el fondo, pero sí recordaré el nauseabundo hedor que de él emergía.

“En ese instante oí un rumor pasos a mi espalda. Y, al girarme, la luz de la otra antorcha se distinguía entre la reinante noche de la montaña. Su portadora era Felicia. Cuando me preguntó cómo osaba adentrarme solo por esos parajes respondí como un niño pequeño después de una travesura. “Curiosidad” añadí sin dar importancia al peligro. A continuación la luz de su antorcha iluminó el túnel. Nos encontrábamos al borde

de un pozo de forma circular, de un radio de cinco metros. Nos asomamos y solo vimos oscuridad. Y ese espantoso hedor... Por allí no se podía pasar, franquear esa abertura era imposible. “Puedes ver te exponías a morir” me repetía constantemente la profesora mientras regresábamos al rellano.

“Cuando el resto despertó, nos encontramos con una desagradable sorpresa. En realidad nos la temíamos en cualquier momento. ¡Carlos había muerto! Durante unos minutos permanecemos entre el dolor de perder a un compañero más y la incertidumbre de acabar como él. Su ambiciosa carrera finalizaba en aquellas perdidas bóvedas.

“Quizás el cuerpo estaba en un avanzado estado de gangrena o descomposición, pues cuando Bassler y yo lo movimos, me quedé con un brazo, desprendido de su tronco. Las dos mujeres de la expedición dieron un fuerte grito de miedo. Ahora quedábamos diez expedicionarios de los catorce que éramos al comienzo de nuestra loca empresa, cuando nos fotografiaron en la estación de trenes. Luego en Veracruz se unió a nosotros el guía que era imprescindible.

“Reanudamos el camino en el interior de esas montañas que nos separaban del mítico Valle de Oaxalanca. Felicia y yo decidimos no comentar nada del hallazgo del pozo, pues

solamente retrasaría nuestros planes de salida.

Creo que las horas entre aquellas bóvedas y abismos se transformaron en días. Nuestras ropas se convirtieron en sucios harapos. Los víveres escasearon, pero la falta de agua se haría más notoria. Solamente quedaba media cantimplora. ¡Y seguíamos sin descubrir una salida!

Volvimos subir una larga escalinata. Sus altivos peldaños estaban húmedos por el intenso goteo del techo y Felicia resbaló. Entonces ella murmuró la palabra "Pocheo". Yo que me hallaba su lado, la oí y a continuación la ayudé a incorporarse. Se mostró agradecida conmigo, pero la astuta muchacha advirtió mi gesto de sorpresa al escuchar esa palabra que no se había pronunciado hacía siglos.

-¿Y qué quiere decir con eso?

-En azteca pocheo significa basura, porquería, excrementos... En términos vulgares dijo mierda ante su caída. El problema no era la expresión. Es como si ahora usted oyese a una persona hablar en latín con facilidad, sin impartir una clase de lenguas antiguas. Una extraña historia escondía aquella profesora de rasgos indios. Sin embargo aquella anécdota fue el comienzo del terror, el verdadero miedo que se siente ante determinados hechos sin explicación aparente.

-No adelantemos los acontecimientos – interrumpí cortésmente-. Decía que subían por esa escalinata.

-...Que desembocaba en otro camino. Entonces se dividió en dos partes. El dilema estaba en nuestra desesperada mente. ¿Qué opción debíamos escoger? Caminamos durante nos minutos por el sendero de la izquierda para acabar en una gigantesca cámara, que era en realidad una cripta. En sus muros estaban excavados nichos y en su interior descansaban momias de altivos reyes y poderosos guerreros. En el centro se hallaba un altar y sobre él, un sarcófago de piedra roja. Tanto en las paredes como en el pétreo ataúd había innumerables pinturas aztecas que simbolizaban el Micqui o la Muerte... Escenas de cortejos fúnebres y embalsamadores que preparaban las mortajas eran frecuentes en esos muros. Pero por encima de ellos sobresalía la macabra imagen de Mictlantecuhtli o el dios mayor de la Muerte.

“Nos acercamos a los nichos y, por el modo de momificar a aquellos guerreros, se vislumbró con claridad el estilo azteca, pero la pregunta era... ¿Porqué abandonaron esa montaña? Después de siglos de trabajo en sus entrañas... ¿Qué motivo empujó a esa avanzada cultura a dejar esa magnífica guarida?

“Bassler dijo que, como carecíamos de los aparatos de medición y de investigación, no podíamos determinar si aquello se construyó antes de la dorada época de Tenochtitlán o después del exterminio de Cortés.

-Y usted... ¿Qué opina?

-Personalmente creo que por el sucesivo paso de capas de polvo y años el origen de los aztecas se remontaba en esa montaña. Salieron al exterior... Y luego construyeron esas pirámides escalonadas... quizás para recordar a las citadas montañas, su primer refugio. En aquel momento otros arqueólogos recordaron la teoría de los gigantes.

-¿Me la puede explicar?

-Sí, fue una tesis que se defendió mucho en los años setenta. Hace milenios los indios de Sudamérica vivían plácidamente en valles hasta la llegada de una civilización de gigantes. Hombres y mujeres que medían unos cinco metros de altura. Empezaron a aplastar las culturas indígenas. Entonces decidieron esconderse en cavernas y vivir en su nuevo hogar entre la oscuridad. Para ello los historiadores alegaban otra configuración terrestre que nada tiene que ver con la actual. Otros continentes y otros mares fueron los predecesores de nuestro actual mapa.

-Bien, prosigamos con su relato. Estaban en la cripta...

-Dije a los expedicionarios que no era el momento adecuado para hacer disertaciones orales o para dar conferencias. Nos acercamos al sarcófago y leímos en su tapa Mocematoc. ¡Entonces recordé ese nombre! Lo murmuraba en sus accesos de delirio el profesor Barea. Felicia estaba muy nerviosa ante el descubrimiento y aconsejó que marchásemos de ese lugar. “Es peligroso profanar el eterno sueño de los muertos” dijo ella mientras su suave voz se convertía en un pavoroso susurro en las tinieblas de la cripta.

“Sus sombrías palabras nos dejaron perplejos por unos segundos. Pero Bassler y yo hicimos lo que hubiesen mandado los difuntos Harriman y Barea... ¡Abrir el ataúd! Dos arqueólogos más y nosotros reunimos las escasas fuerzas que nos quedaban y movimos la pesada tapa. Retiramos aquella piedra para contemplar una momia con lujosas vendas. Tenía incrustaciones de pequeños diamantes.

-Imagino que después debieron regresar hasta la bifurcación...

-Sí, no nos podíamos detener demasiado tiempo. Reanudamos el camino por la derecha durante interminables horas. Y el esfuerzo nos obligó a beber hasta la última y apreciada gota de agua. Desde ese momento empezó una lenta tortura que nos acompañó fielmente hasta salir de esas bóvedas. Descansamos y nos quedamos dormidos. El doloroso

momento vendría al despertar y continuar con pocas fuerzas.

No conseguí dormir. Si estaba tumbado era para que el resto se levantase más relajado, pues yo era partidario de seguir hasta el final. Sin embargo estuve adormilado por unos minutos y en ese dudoso estado, que los médicos califican entre la vigilia y el sueño, me pareció oír palabras en azteca. ¿Era una pesadilla más o se trataba de unos susurros? Disimuladamente me di la vuelta y vi a Osvaldo y a Felicia incorporados y agachados. Coyotl, malinqui, mictlan, nezahua, poyautla, quatemalan, tepec y tepetzalan eran algunas palabras. ¡Ah! Y la repetida Malinche...

-Pero el azteca es una lengua muerta en Sudamérica como lo es el latín o el griego en Europa –dije asombrado.

-Sí, esa misma observación pasó por mi mente en ese momento. Y sentí miedo. Quizá esa pareja advirtió mi gesto y se tumbó sobre las losas para simular su sueño. Creo que nos enfrentábamos a peligros sin nombre.

-¿Y cómo se traducen?

-Coyotl significa coyote; malinqui, dolor o angustia; mictlan, tinieblas; poyautla, perdido; quatemalan, jungla; tepec, montaña y tepatzalan, valle.

-Observo que tiene una gran dominio de ese idioma.

El arqueólogo calló. Era modesto, no alardeaba de estudiar el complejo mundo de las culturas precolombinas.

-Puede ser, sin embargo mis conocimientos de azteca no me permitieron eludir las penurias que después se acumularon.

-¿Entendió en líneas generales qué decían en la conversación?

-Felicia decía que el plan ideado no salía como pensaban. Los bandidos habían cambiado su proyecto inicial... y por ello no habían alcanzado la Puerta de los Dos Coyotes (coyotl) como estaba programado. Confesó que tenía miedo, angustia, dolor (malinqui). Entonces el guía en buen azteca respondió con palabras de ánimos. Recordó que ella era una Malinche o princesa. Aunque estuviésemos rodeados de tinieblas (mictlan) y estuviésemos perdidos, pronto saldríamos de la montaña (tepec) para adentrarnos en la jungla (guatemalan). Nos esperaba el valle de Oaxalanca o Tepatzalan Oaxalanca.

-Entonces... ¿Qué pensó? ¿Quiénes estaban detrás de esa mujer y Osvaldo?

-No sabía cómo reaccionar, mis alterados nervios no me dejaron descansar y pronto desperté al resto. Se quejaban pues pensaban que habían dormido poco tiempo, pero era una opinión muy relativa por la falta de relojes o la luz del día para guiarnos. “Debemos continuar, no aguantaremos

mucho tiempo sin agua” insistí. Cogimos las dos antorchas y los rifles y reanudamos el trayecto.

El camino desembocó en otra vez en un inmenso salón de altivas bóvedas y diferentes pisos con arcos a modo de claustro de un monasterio. Entonces...

El arqueólogo calló por unos segundos y yo sentí la irresistible sensación de no respetar su acongojante silencio para saber qué pasaba en las entrañas de aquella montaña.

-Entonces... -seguí con sutilidad.

-Parecía un hechizo. Pero fin la buena suerte nos sonrió. Debíamos estar cerca de la salida, pues en el techo se vislumbraban enormes grietas por las que se filtraba la luz solar. Después de tanto tiempo entre la oscuridad, aquel luminoso haz era como un sueño. El citado descubrimiento nos hizo reunir fuerzas y avanzamos con más celeridad. A lo lejos se distinguía un puente de piedras demasiado estrecho para dos personas. Debíamos cruzarlo uno a uno, haciendo ejercicios de equilibrismo porque no había baranda de piedra y además la roca estaba húmeda. La escasa luz nos permitió ver un hilo de aguas negras en el fondo del abismo. Sin embargo ese miedo se redujo notablemente, pues al final del puente se veía el umbral de una puerta. Entraba luz del día y se veía el paisaje de una jungla.

Nos miramos entre nosotros con cierta alegría y empezamos a atravesar el puente. Parecía que nuestras penurias pasadas eran una larga pesadilla que se podría olvidar fácilmente.

-Imagino que llegaron a la salida sin problemas.

El profesor Garrido me miró sombríamente.

-No, no, nada de eso... -respondió con seriedad-. Creo que la desdicha nos perseguía desde el primer momento que tuvimos la idea de aventurarnos en Méjico.

-¿Qué sucedió?

-Yo encabezaba el grupo de supervivientes, detrás iba Bassler, quien no paraba de mostrar su euforia ante la salida. Entonces en la penumbra, oí un largo silbido, luego el desagradable ruido de un fruto cuando es golpeado en el suelo. Me giré y vi a Bassler con la cabeza abierta, la sangre cubría su rostro y su cuero cabelludo. Sus ojos desorbitados expresaban la súbita muerte. Tambaleante como un muñeco, cayó al abismo ante nuestros asustados ojos y los gritos de las mujeres. Entonces una lluvia de piedras del tamaño de un puño y llenas de aristas, mortalmente afiladas, cayó sobre nosotros. Con rapidez seguimos el trayecto en el puente. Observé por unos segundos a nuestros atacantes gracias a la luz de las grietas. Se hallaban en las barandas de los

claustros. Eran altivos hombres y mujeres de aspecto simiesco, encorvados, cubiertos de pieles. Sus ojos y mandíbulas brillaban en la oscuridad. Empleaban unas hondas para lanzar aquellos peligrosos proyectiles como los primitivos pastores. Su sorprendente emboscada no nos dio tiempo para disparar con nuestros rifles. Además de nuestra mala puntería, la penumbra no nos dejaría alcanzar el blanco.

Con las prisas un expedicionario resbaló y no pudimos hacer nada por él. Fue rápido. Cayó al abismo con un desgarrador alarido.

La siguiente persona que perdió el equilibrio era Felicia, pero esta vez mi fuerte brazo la sostuvo por unos segundos mientras recupera la postura inicial. Y corrimos entre los proyectiles y gruñidos de los extraños asaltantes.

-¿Y alcanzaron la puerta?

-Sí, y sin descender el ritmo de nuestras piernas, cruzamos el muro de piedra. Detrás quedaban esas negras montañas y el majestuoso dintel... La misma construcción de La Puerta de los Dos Coyotes. Ante nosotros se hallaba una inmensa selva. Palmeras, árboles de gigantescos troncos y espesas copas, baobabs, lianas... Nos detuvimos en aquel hermoso paisaje que no figuraba en ningún mapa. Pero yo sugerí que reanudásemos nuestra huida, pues quizás nos seguirían los simios de la gruta. Caminamos,

esta vez yo era el último. Y comprobé que aquella primitiva civilización estaba sometida a las tinieblas, por tanto no se atrevería a salir a un ecosistema que no fuese el suyo.

-Supongo que descansaron...

-Por supuesto. Estábamos agotados y muy debilitados por la falta de agua y alimentos. Nos tumbamos unos largos minutos mientras el guía daba un rodeo. No nos podíamos creer que el sol tropical del mediodía fuese tan agradable y que nos bañase la piel. Sin duda estábamos en el Valle de Oaxalanca, sus altivas montañas alejaban la inmensa llanura del clima exterior. Mientras en el resto el país era invierno, allí soplaban siempre aires cálidos por un extraño capricho de la Naturaleza. Supongo que vivir en ese aislado paraíso debería tener su precio también.

“La espesa vegetación que se alzaba a mi lado se movía sospechosamente. Acaricé mi rifle de nuevo... ¡Era Osvaldo! Dije que no diese esos sustos pues podría haberlo matado. El mexicano no hizo caso de mi advertencia y pronunció para los demás la mágica palabra que todos esperábamos con ansia “Agua”. E inmediatamente seguimos al personaje hasta un pequeño arroyo que acababa en un lago. Después de saciar la torturante sed, nos bañamos. Actuábamos como nuestros antepasados hace unos diez mil años. Después cogimos unas frutas,

semejantes a jugosas peras, y las devoramos. Y confiados, nos quedamos dormidos...

-¿Saben cuánto tiempo estuvieron entre aquellos túneles?

-Atravesamos el interior de una gigantesca cordillera antes de llegar al Valle de Oaxalanca. Después me enteré por... unos astrólogos... que permanecimos en las entrañas de esas montañas durante ocho días. Pero como ya sabe caminábamos unas determinadas horas. Descansábamos cuando teníamos sueño... Carecíamos de relojes.

-Ha mencionado a unos astrólogos. ¿Me lo puede aclarar?

-Luego, amigo, luego. Todavía no quiero adelantar acontecimientos. Ahora estábamos en ese mítico valle y en esa jungla que era motivo de conversación entre Felicia y Osvaldo en lengua azteca.

IV

El sol de mediodía acariciaba suavemente los fríos muros de la siniestra abadía, el hogar del profesor Garrido. El arqueólogo estaba fatigado y yo me mantenía despierto gracias al interés que adquiriría su relato, pero también deseaba unas horas de descanso. Me recomendó que marchase en ese momento al hotel donde me alojaba para refrescarme y que volviese al anochecer para proseguir la narración de su inaudita aventura. La curiosidad era latente, sin embargo mi cansancio mandaba sobre mi organismo y accedí a su consejo. Cuando subía a mi coche, vi cómo él salía del viejo edificio para contemplar por unos minutos la tumba de su amada Donna. Yo me dirigí al hotel.

Después de una buena ducha me tumbé sobre la cama de mi habitación, pero el interés que despertaba la historia del Sr. Garrido no me permitía dormir. Cuando empezó a oscurecer, cogí de nuevo el coche y me desplazé a la abadía. Pronto nos hallamos en el salón y reanudamos la aventura en el Valle de Oaxalanca.

-Decía que se quedaron dormidos toda la tarde... ¿No es así? –comenté yo.

-Sí, luego despertamos y la noche cubrió el paraje –continuó el profesor-. El guía y yo cogimos unas ramas secas sin intercambiar una palabra. Sin duda su amiga y él debían tramar algún plan contra nosotros. Encendimos una hoguera y devoramos más frutos para la cena. Por la mañana intentaríamos seguir un pequeño sendero de la jungla hasta llegar... ¿A dónde?

“Osvaldo se ofreció generosamente para hacer la primera guardia, aunque no se viesan grandes peligros en esa selva. O quizá nuestra estancia allí era un paseo comparado con los túneles. No sé qué decir... Confiamos demasiado en ese personaje. Y dormimos apaciblemente. Los primeros rayos del sol bañaron mi rostro. Me incorporé con pesadez y cierto malestar. Las llamas de la hoguera se habían extinguido y Osvaldo y Felicia habían desaparecido... ¡También! Buscamos por los alrededores, pero vimos que se habían marchado. Sabría después los motivos.

“Después de un rápido desayuno, llenamos las cantimploras de agua, cargamos con esos frutos y avanzamos por aquel sendero entre los árboles. Ahora quedábamos ocho. Mientras seguíamos el recorrido, rifles en mano, expliqué al resto de expedicionarios que no nos podíamos fiar de Felicia ni de Osvaldo y alegué el extraño diálogo que mantuvieron los dos en antiguo azteca. Sin embargo mis camaradas no dieron demasiada

importancia a ese tema y añadieron que pudiese ser una pesadilla provocada por las penurias de los túneles y salones de la cordillera.

Cerca del mediodía descubrimos que el sendero se ensanchaba. Pero eso no nos tranquilizaba. Escuchamos gruñidos de monos mientras aves de brillante plumaje se asomaban en las ramas para advertirnos con sus extraños sonidos de los próximos peligros. Volvimos a sentir la incertidumbre de días anteriores, que en realidad no se había alejado de nuestra descabellada expedición. El Sr. Barea debió encontrarse con ese mismo paisaje y lo que quedaba todavía por descubrir.

“Entonces al llegar la noche, vimos un enorme fortín en ruinas. Muros de piedra y madera, pequeños fosos en sus alrededores, vallas y torres abandonadas... Eran restos de una antigua fortaleza. Ante nuestro asombro decidimos entrar y, de paso, nos quedaríamos a dormir en alguna destartalada cabaña que todavía estaba en pie. Pisamos una piedra entre la hierba, sin embargo me agaché para observar que era demasiado pulida para ser una roca. ¡Se trataba de un cráneo! ¡Un cráneo humano! Sentimos de nuevo un estremecimiento de horror como en nuestra estancia de los pasadizos y salones de las montañas. Y contemplamos con más detenimiento que había huesos esparcidos

por el patio interior de la construcción. Allí, hacía mucho tiempo, hubo una batalla, una verdadera masacre... Nos preguntábamos quién había llegado a ese paraje y por qué había levantado aquella fortificación. Y también... ¿Qué había pasado después?

“Una pequeña casa conservaba el techo entero y en ella nos alojamos. Luego yo descubrí que se trataba del hogar de quien mandaba en aquel fortín. Los expedicionarios devoraron más frutos y se quedaron tumbados sobre los camastros. Para ellos parecían dorados lechos de un palacio. Estaban excesivamente cansados para exponer hipótesis sobre el origen de esos muros.

“Sin embargo mi curiosidad y años de experiencia en la Universidad me obligaron a ver un polvoriento libro, con tapas de cuero, cubiertas de moho. Antes de abrirlo, vi que el resto se quedó dormido pronto. Prefería hacer la primera guardia, y con esa excusa me puse a leer bajo la luz de la luna aquel extraño volumen. Las primera páginas estaban cruelmente arrancadas, pero deduje que el resto era la continuación de un diario.

Leí un nombre:

“Yo, el capitán Oscar Núñez...”

Al ver esas palabras, un escalofrío recorrió mi espina dorsal porque recordé

inmediatamente la loca empresa de un joven capitán, conocido por sus constantes amoríos durante el reinado de Isabel II. El caballero despuntaba brillantemente tanto en su carrera militar como en sus novias a las que dejaba posteriormente con el corazón deshecho. Un día causó la deshonra de la hija de unos duques y él, orgulloso e incapaz de reconocer su culpa, fue condenado al destierro por la misma reina, pues aquella familia aristocrática era muy amiga de la Corte Real.

“Se embarcó en un bergantín, cruzó el Océano Atlántico y llegó hasta las Islas Antillas. De allí otro barco le trasladó a Méjico. El astuto y ambicioso capitán conocía la historia de riquezas perdidas en un profundo valle. Quizá tuvo referencias sobre el tesoro de Moctezuma y reunió en ruidosas y sucias tabernas de Veracruz y los alrededores a un numeroso grupo de hombres, la mayoría antiguos convictos, y también, como nosotros, se adentraron en el Valle de Oaxalanca. Entonces su pista se perdió en esas montañas. Así nació la leyenda.

“Ahora me hallaba ante su diario, el último vestigio de su época. Debieron atravesar esos salones y llegaron a esta jungla, sin embargo... ¿Por qué construyeron esta fortaleza? ¿De quiénes se debían defender? Y la angustia me obligó a leer aquellas páginas.

Decía:

“... Esta vez son más indios. Se acercan inexorablemente ante nuestros muros y nos queda poca munición. Sus cabezas rapadas asoman entre la vegetación, no conocen el miedo o mejor dicho saben que nosotros estamos dominados por el pánico, su fiel aliado. Son hábiles con las hachas de guerra, y con el arco y flechas. Los escasos soldados que me quedan están pendientes de su aparición detrás de los muros. Sus fusiles están cargados. Quizá sea el último ataque...

...Anochece. Hoy no han decidido atacar. ¿Por qué? Porque alargar la agonía de nuestro final es otra de sus tácticas. Los mohetecas son astutos, fríos y calculadores. El tesoro de Moctezuma está bien protegido de cualquier ladrón con este belicoso pueblo, descendiente de los hurones de los grandes lagos de Canadá y los aztecas en una larga migración que hicieron para huir de los ingleses y los españoles en sus respectivos momentos. O al menos así lo describía el misterioso pergamino de un viejo anticuario, el mismo que me contó la historia de inmensas riquezas. Sabía a qué peligros me exponía, pero fui demasiado estúpido ante su altivo jefe Ojo de Zorro. No debí confiar en él cuando atravesamos sus territorios. Ahora pagamos el precio de su traición. ¡Ah, si

pudiese regresar a mi país! Si pudiese retroceder...

...Ha amanecido. El resto del día permanece tranquilo dentro de la tensión habitual. Una actitud normal entre ellos... Sin embargo la escasez de alimentos y agua pronto se hará notar aunque consiguiésemos repeler un ataque más...

...Vuelvo a ver otro amanecer... Quizá escriba mis últimas líneas... Se oyen ahora espantosos aullidos. Es su modo de anunciar un nuevo enfrentamiento. Y dejo mi diario para unirme a los soldados. Una lluvia de flechas y lanzas...

Y el libro acababa así. Mi inmediata pregunta era si aquellos indios todavía se paseaban por aquel paraje. Pero, derrotado por el fracaso de nuestra misión, también me dormí como el resto de mis compañeros.

Al día siguiente, cuando despertamos, mostré el hallazgo ante mis camaradas, sin embargo restaron importancia al asunto. En ese momento era más acuciante nuestra supervivencia y después.. ya hablaríamos de teorías históricas. La prioridad era salir del valle, pues olvidaban el motivo de estar allí, el tesoro de Moctezuma o las civilizaciones que nos aguardaban.

-¿No tuvieron miedo de encontrarse con ese mismo pueblo? –pregunté con perplejidad-. ¿Cómo se llamaba?

-Los mohetecas. Los expedicionarios se confiaron demasiado, yo no. Una raza que vive en contacto con la Naturaleza no se extingue rápidamente. Y cuando abandonamos aquella fortaleza para seguir el sendero, una flecha salió entre la vegetación. Su mortal silbido fue cortado bruscamente. Atravesó el pecho de un compañero. Empezaron a escucharse enloquecidos aullidos detrás de los muros de vegetación y nosotros, después de una rápida mirada, dejamos el cadáver de nuestro amigo y nos refugiamos en aquel fortín que ahora se convertía en el mejor castillo del mundo. Como puede ver, nuestras desdichas no se terminaban.

“Nos parapetamos detrás de la baranda de piedra y detuvimos el avance de los indios con nuestras armas durante unos minutos. Pero fue un conato ridículo, pues ya hemos dicho que no éramos diestros con los rifles. Después de ciento cincuenta años aquellos hombres de cabezas rapadas, cubiertos con pieles, volvían a atacar a cualquier intruso. Las pinturas de guerra en su pecho y en su rostro mostraban su altiva beligerancia. Nuestra primera descarga los dejó atónitos, pues se deducía que no habían visto la evolución de nuestras armas. Se escondieron

rápidamente entre la jungla para regresar, pasados esos indecibles minutos, con más gente. Disparamos de nuevo, mientras ellos lanzaban sus flechas con una puntería impecable. Otro compañero cayó a mi lado con el cuello atravesado. Se movió unos segundos entre sonidos guturales y los ojos desorbitados. Después su último estertor... Y pensé que nuestra aventura acababa allí.

El profesor Garrido hablaba y su voz se volvía en algunos instantes temblorosa. Parecía como si ante él desfilasen otra vez esos desagradables acontecimientos que convirtieron una pacífica expedición de investigación en una amarga aventura.

-Al final los mohetecas consiguieron saltar la empalizada y entraron en el patio interior. Cayeron dos más, esta vez bajo sus hachas de guerra llamadas tomahawks, por tanto recibían la herencia de guerra de sus antepasados hurones. Sus cuerpos se tambaleaban bajo las acometidas de aquellas pequeñas pero mortíferas armas. Después... la horrible costumbre que tampoco se había perdido con el paso de los años... arrancar las cabelleras entre frenéticos gritos de victoria.

“Los otros dos y yo luchamos a muerte. Mi última bala atravesó una de esas cabezas rapadas y luego utilicé el rifle para repartir golpes. La culata destrozó el cráneo de uno y partí la espalda a otro. Sin embargo cinco indios se abalanzaron contra mí. Caí al suelo.

Entre el caos iban a hundir su hacha en mi cabeza, cuando de repente el jefe que mandaba sobre aquel grupo ordenó con un sonoro grito que se detuviesen. Hablaron entre ellos una lengua de la cual yo entendí unas palabras aztecas como ... y Deduje que nos reservaban para otra desdicha. Nos maniataron y los tres supervivientes de la expedición avanzamos bajo la severa mirada de los mohetecas por otro sendero, entre la espesura de la jungla.

“Después de dos horas de camino, divisamos un poblado de cabañas semiesféricas de barro, ramas y pieles. A su alrededor había pequeñas hogueras y niños correteando. Unas mujeres curtían pieles o preparaban comida. Ante nuestra irrupción, pararon su actividad y siguieron la comitiva entre guturales gritos. En el claro del poblado nos pararon.

“El altivo cabecilla entró en una tienda y, tras unos leves segundos, salió con un viejo, el que parecía el jefe de la tribu. Hablaban y me pareció entender que seríamos sacrificados para que sus enemigos les dejaran tranquilos. Para no causar más miedo no dije nada de eso a los otros dos expedicionarios, pues no comprendían las pocas palabras en azteca que decían.

“A continuación nos ataron a unos ennegrecidos postes en un extremo del poblado. Así, cubiertos de heridas y con

demacrados rostros, soportamos una llovizna en la madrugada. Indescriptibles horas de angustia. Al amanecer los indios se despertaron con aullidos y se acercaron a nosotros. El final se aproximaba y los guerreros más jóvenes empezaron a depositar ramas secas a nuestros pies. Íbamos a ser quemados. Los previos gestos del ritual eran evidentes y los gritos de terror y las súplicas de los dos compañeros se volvieron desgarradores. Por mi parte acepté mi Destino. Mis últimos pensamientos eran para Donna.

“Entonces apareció el viejo jefe de los mohetecas y él mismo cogió una antorcha para prender fuego ante los pies de mis dos camaradas. El siguiente era yo. Cuando la ardiente tea se acercaba a mí, se escuchó otro mortal silbido. Jamás pensé que aquel desagradable sonido se iba convertir en una música deseada. Una poderosa lanza atravesó la encorvada espalda del anciano. Tambaleante, cayó a un lado con la antorcha, sin llegar a encender mi hoguera. Los mohetecas empezaron a gritar. Alguien estaba atacando su territorio. Entonces se inició una lluvia de flechas, surgida de la frondosa maleza y la primera carga acabó con los indios más indecisos. Cuando el resto se armó, irrumpieron en el poblado un grupo de....

El Sr. Garrido paró por unos instantes. Tragó saliva. Quiso coger su vaso de vino añejo, pero sus manos temblaron. Mi curiosidad era invencible.

-¿Quiénes atacaban el poblado de los mohetecas? –pregunté.

-Eran aztecas. No, no me mire así... No estoy loco. A estas alturas mi narración alcanza un nivel de fantasía que deja de ser una sencilla aventura para ser un drama. Sí, repito que eran aztecas. Reconocería sus indumentarias, sus rasgos étnicos. Cubiertos con unas delgas armaduras, y armados con lanzas, hondas y pequeños machetes iniciaron una masacre entre las cabañas.

“Desgraciadamente no se pudo hacer nada por mis compañeros. Sus gritos de dolor me hicieron olvidar los momentos de euforia, las llamas lamían su cuerpos y finalmente se convirtieron en antorchas, entre un nauseando hedor a carne quemada. En ese instante los aztecas amigos no pudieron llegar a tiempo para liberar a mis compañeros y yo, todavía atado al poste, no tenía posibilidades de moverme.

El arqueólogo alcanzó el vaso como si hiciese una gran esfuerzo y tomó unos largos sorbos de vino. Sin embargo su mano no dejaba de temblar.

-En ese momento comenzaba otra etapa de esta larga aventura –añadió con un gesto de cansancio.

-Antes de contarme su estancia en Tenochtitlan Iyac, volvamos al tema de los mohetecas –dije-. ¿Cree usted que eran descendientes de hurones y aztecas como afirma el pergamino del anticuario?

-En este caso no puedo asegurar nada. Posiblemente un puñado de hurones del siglo XVIII huyeron de los ingleses y franceses durante la guerra de las colonias y en su migración hacia el sur, se mezclaron con los aztecas de Oaxalanca, a su vez huidos de los conquistadores españoles del siglo XVI. No puedo decir nada. Solo oí en una conferencia de la Facultad alusiones a la historia del temerario Oscar Núñez que desapareció en este valle.

“El mundo de la Historia es complicado. No se reduce a impartir clases o a encerrarse en una biblioteca para estudiar textos antiguos como piensa la gente. También es una labor de investigación. Por ejemplo... En el siglo XIX se pensaba que Troya era una ciudad inventada por Homero. Cuando se descubrieron sus ruinas en Turquía, se comprobó que hubo constantes guerras por su posesión . Entonces muchos historiadores que negaban su existencia se callaron. A veces se habla de Atlántida, el misterioso continente que desapareció bajo las aguas. Cuando encontremos una prueba, una piedra, una lápida que pertenezca a esa civilización, podremos decir que no era una leyenda. Yo

estuve en la fortaleza del capitán Oscar Núñez y vi a mohetecas y aztecas. No lo puedo demostrar, pero mi larga ausencia se considera como una prueba.

V

La noche empezaba a cubrir los desgastados tejados de la abadía. El Sr. Garrido corrió las cortinas. Habíamos descansado unos minutos, pues la entrevista se alargaba más de lo previsto, más de lo que él explicaba en su libro. Por ejemplo el episodio del enfrentamiento de los mohetecas fue suprimido en el último momento, sin embargo el profesor volvió a rememorarlos. Y alegó que si no aparecía en las páginas de su narración, se debía a que sus colegas y el público no se tomarían en serio su ensayo. Entonces se convertiría en un relato de aventuras típico de un Emilio Salgari, Julio Verne o Ridder Haggar.

El arqueólogo se sentó.

-Cuando quiera, podemos proseguir – dijo él amablemente.

A continuación pulsé el botón para grabar.

-Aparecieron los aztecas -empecé yo-. Y después...

-Arrasaron el poblado de los mohetecas. Los exterminaron. Quemaron sus cabañas mientras los guerreros se luchaban con lanzas y hachas. Creo que un reducido puñado de niños y mujeres huyeron hacia el norte pero luego vi que hicieron muchos

prisioneros. Yo seguía quieto como una estatua, atado al poste. Cuando los alaridos decrecieron y los conquistadores se recreaban en su presa, el pueblo dominado, un grupo de acercó a mí. Me miraron.

“El más altivo, el que parecía dirigir aquella operación de castigo, sacó de nuevo su machete, todavía manchado de sangre. Avanzaba con mirada asesina. Sin embargo se puso a mi espalda y cortó mis ligaduras. Las duras horas a la intemperie y en la misma postura provocaron un progresivo entumecimiento de mis músculos, especialmente en las piernas. Estaba como paralizado. Y caí sobre la polvorienta tierra y las secas ramas que nunca llegaron a arder. Intentaba incorporarme pero mis brazos tampoco respondían. Escuché sonoras carcajadas. Entonces distinguí unas botas de cuero de una mujer. Su voz me era familiar. “Sí, es el hombre sabio, es el que preparó en parte la expedición” dijo ella.

“Entonces hice un esfuerzo para ver entre la creciente neblina a Felicia. Sin embargo las excesivas penurias minaron mi resistencia física y la citada neblina se transformó en oscuridad. Creo que estuve varias horas inconsciente, y durante ese tiempo me administraron brebajes para recuperarme. Notaba en algunos instantes un sabor dulce sobre en mi paladar. Me hicieron beber su manjar, el cacahualt, para nosotros

es conocido con el nombre de chocolate. Pero también tomé una amargo jugo de raíces, seguramente para restablecer mi dañado estómago. En algunos segundos recuperaba la consciencia para... para contemplar el hermoso rostro de Felicia, la que me acercaba el cuenco a mis reseco labios. Estaba hermosa con su atuendo de guerrera. Y luego volvía a sumergirme en las tinieblas.

Otra sensación era sentir cómo era transportado en una improvisada camilla, hecha de ramas. El calor que me proporcionaba un poncho llenó de vigor mis músculos. Repito que la humedad y el frío de la noche habían dañado seriamente mi resistencia en los últimos días. Se deshicieron de los sucios y malolientes harapos que llevaba puestos.

-¿Se recuperó pronto?

-No, me dijeron que estuve dos días en ese estado semiinconsciente –respondió él arqueólogo-. Cuando desperté para incorporarme unas horas, vi el atardecer sobre el Valle de Oaxalanca. Lancé una rápida mirada a mi alrededor. Estábamos en un campamento. Dos soldados me vigilaban. Distinguía las siluetas de varios guerreros sentados ante enormes hogueras. Entonces los guardias susurraron unas palabras que no llegué a captar y uno de ellos se marchó para avisar a alguien seguramente.

“Me intenté levantar de la camilla, pero la lanza del azteca apuntó con aire amenazador mi corazón. Me volví a tumbar. Su gesto era muy elocuente. Llegó Felicia. “¿Te quieres marchar ahora? Eres un ingrato. Te hemos salvado de los mohetecas, te hemos cuidado y ahora nos quieres dejar... –dijo ella en mi idioma con ironía. Cuando repliqué qué significaba la presencia de unos indios aparentemente desaparecidos ella alegó que eran el último reducto de aztecas que sobrevivió al exterminio de los conquistadores. Concluyó diciendo que eran los supervivientes que huyeron de la arrasada Tenochtitlan para refugiarse en ese valle. “Las teorías de tu maestro, ese Barea, no eran tan descabelladas. Pero ahora anochece. Duerme.” Un soldado acercó un cuenco y yo me negué a beber. Otros apuntaron con su lanza mi pecho y accedí. Y como me temí, aquella bebida estaba drogada y me quedé profundamente dormido por unas horas.

Desperté al amanecer. Observé cómo los aztecas levantaban el poblado y se preparaban para reanudar su camino. Me incorporé y esta vez me ayudaron los dos indios, aunque no se separasen de sus lanzas. Quizás Felicia mandó que tuviesen cuidado conmigo. Estaba de pie por unos minutos. Las piernas me temblaban. Sufría unos momentáneos vértigos, pero pronto desaparecieron. Entonces vi cómo una larga

columna de prisioneros mohetecas con cepos en los cuellos y unidos por largas cuerdas desfilaba penosamente. El chasquido de látigos sonaba con un acento desagradable. “Más deprisa” ordenaban quienes lo manejaban, sin duda iba a ser sacrificados en la ciudad de Tenochtitlan Iyac.

Se acercó Felicia. Después de una leve sonrisa me aconsejó que si no les reportaba problemas, no me uniría a esa fila. Repliqué con cierto tono de insolencia que tenía pocas posibilidades de fuga. Entonces el cabecilla de la expedición de castigo intervino e intentó alzar el látigo contra mí. “¿Cómo osas hablar así a la Malinche? –dijo-. “Mereces ser castigado por tu arrogancia”. Al oír que ella era una princesa, me quedé perplejo, pero inmediatamente Felicia repitió que no se me debía hacer daño y que recordase las órdenes del emperador. Debía llegar a su palacio sin daño alguno. Aquellos indios me debían aclarar muchas incógnitas.

“Y seguimos el camino. Dejamos atrás la espesa jungla y avanzamos a través de una vasta llanura, con escasa vegetación. Sobresalían los cactus. Y colinas desgastadas convertían el trayecto en una tarea dificultosa. Divisamos una calzada de estilo azteca. Pisar aquellas losas adecuadamente encajadas era como un sueño.

-¿Cuánto tiempo duró ese viaje? – pregunté.

-Dos días -contestó el arqueólogo-. Durante la comida Felicia, que en realidad se llamaba Amezla entre su pueblo, me dijo que ella estaba a caballo entre dos mundos; el siglo XX y la cultura azteca. Era el contacto o espía para saber qué tramábamos nosotros con nuestros estudios contra ellos. Y en diferentes puntos del planeta tenían a más gente infiltrada. Sin embargo no aclaró nada más. Cada día me proporcionaban reducidas dosis de explicaciones. Por ejemplo me comentó durante la cena que ella era la Malinche, la princesa concubina del nuevo emperador de Tenochtitlán Iyac. Era la encargada de espiarnos y acompañarnos en esta segunda expedición hasta la ciudad, desgraciadamente los bandidos de las montañas fastidiaron sus planes. Osvaldo, que en realidad era Motac, el capitán de la Guardia Real, era el otro contacto para seguirnos de cerca. Cuando llegamos a la jungla, decidieron desaparecer para regresar a su ciudad y encabezar un grupo de guerreros con la misión de buscarnos, pues en aquellas condiciones, perdidos en una desconocida jungla y, a la vez rodeados de mohetecas, no sobreviviríamos demasiados días. Fue cuestión de pocas horas... Recuerde que iba a ser quemado por esos indios en aquel poste. “Sin embargo estábamos interesados en ti, después de dedicar tanto tiempo al estudio de nuestra cultura” –concluía Felicia, perdón

quería decir Amezla, con una lasciva sonrisa. Cuando pregunté si el profesor Barea había sufrido los mismos sinsabores, ella contestó que sabría más detalles de su estancia en Tecnochtitlan Iyac a su debido tiempo.

“Durante el atardecer del segundo día varios mohetecas se derrumbaban ante tantas horas de camino y el yugo que soportaban. El cabecilla de la expedición ordenó con una increíble frialdad que los matasen, los troceasen y asasen su carne con chili, una picante salsa de pimientos, y que lo repartiesen entre los guerreros aztecas más fuertes. Al escuchar aquella abominable orden me rebelé, pero a continuación cinco lanzas me apuntaron. Se volvió a acercar Amezla. “¿Eres idiota? ¿Qué te importan esos imbéciles? Son débiles y deben morir. ¿O no pensaban así algunos sabios de tu mundo?” decía. “No nos des problemas o acabarás como ellos”. Después de matarlos a golpes de hacha y machetes se procedió a los siguientes pasos. Sabía por los libros que antes de la llegada de Cortés a Méjico se daban con frecuencia episodios de canibalismo entre los indígenas, pero jamás pensé en ser testigo de uno de ellos.

-¿Por qué recurrían a eso?

-Porque siempre los antropófagos pensaban que si se comían a los suyos, las propiedades de sus víctimas pasaban a ellos. Es una antigua creencia, una solemne idiotez.

Sin embargo reconozco que Amezla era una conoedora de la filosofía, sobretodo de ciertos pensadores del siglo XIX.

-¿Por qué lo dice?

-Por sus siniestras y duras palabras, los débiles mueren y sobreviven los más fuertes. Como si fuésemos animales... Sin duda debió leerse bajo la apariencia de Felicia, profesora de arqueología por la Universidad de México, los libros de Darwin y de Nietzsche.

-Podemos seguir con su viaje hasta ese ciudad...

-Sí. Al amanecer nos levantamos. Algunos guerreros estaban tambaleantes por beber excesivo cacahuatl y comer carne humana. Reanudamos el camino. Y el sol del mediodía nos reveló un magnífico espectáculo. Fuimos bajando a un inmenso valle. En él había un enorme lago... podría ser la oscura mancha que aparecía en la fotografía aérea. Y en su centro, la majestuosa Tenochtitlan Iyac que traducido al castellano querría decir más o menos Ciudad Joven o Ciudad Guerrera. O Tenochtitlán, la Joven. Era una réplica de la antigua ciudad que dejó arrasada Cortés. Se llegaba a ella por un sistema de diques y puentes levadizos. En el centro se levantaba una isla pavimentada. Llena de casas de dos pisos, palacios, y pirámides escalonadas. Y en algunos sectores de la citada ciudad había canales. Parecía

Venecia, trasladada a ese perdido punto de Méjico.

Antes de pasar por ese puente, se nos unieron otras expediciones de castigo con sus correspondientes hileras de prisioneros. Con ello llegué a una conclusión... en ese enorme valle había mas culturas y pueblos que rivalizaban con los aztecas. Un extraordinario mundo se encerraba detrás de aquellas montañas, cubiertas permanentemente por una fría neblina que no permitía el paso de miradas intrusas. En su interior albergaba otros climas de un modo inexplicable.

Al llegar a la primera torre de entrada a la ciudad, un altivo personaje, cubierto por una dorada coraza de guerra nos esperaba con la Guardia Real. Era Osvaldo, o mejor dicho, el capitán Matoc. Con una ronca voz ordenó que a la izquierda desfilasen los aunimi o futuros cortesanos, y a la derecha los... los que iban a ser sacrificados en los próximos días en la pirámide dedicada al dios Quetzalcoalt. Entonces se produjeron escenas de lucha. Muchos prisioneros, la mayoría mohetecas, no querían acabar así y se rebelaban pasándose a la otra hilera. Después de golpes y ciertas muertes, volvió el orden impuesto por los aztecas.

-Habla de la vida o la muerte como si fuese un...

El arqueólogo no me permitió concluir el comentario.

-Los aztecas mataban por placer, no para defenderse. Temían la cólera de Quetzalcoatl y pensaban que la sangre de la víctimas aplacarían su ira. Como más sangre, mejor. Matoc me reconoció entre la hilera de la izquierda, pero seguía las indicaciones de la Malinche o, más bien, de su emperador que deseaba conocerme.

Entramos en una gran avenida y perdí de vista a los desdichados que tenían el honor de acostarse con el dios Quetzalcoatl. Afortunadamente a mí no me convencieron con esas palabras porque no estaba destinado a morir en esa pirámide. Sé por libros de Historia y por referencias durante mi estancia en esa ciudad que los componentes de esa hilera fueron drogados con mescal, una brebaje de efectos alucinógenos, obtenido del cactus y en un estado de constante aturdimiento, no ofrecerían resistencia antes de ser asesinados. Piense que hablamos de cientos de hombres y mujeres que iban a ser sacrificados. Si decidiesen rebelarse antes de la masacre, hubiesen sembrado el caos en la ciudad. Esa droga los mantenía como muñecos.

Cinco guardias me separaron de los prisioneros, hombres que se convertirían en esclavos y mujeres que iba a ser lavadas y debidamente perfumadas con aceite para

trabajar en los prostíbulos de la ciudad. Yo fui trasladado hasta un barrio residencial. Nuevas lanzas no se separaban de mí ni un minuto y me encerraron en una habitación de una casa cercana al palacio. En la puerta dos guerreros hicieron guardia.

Al anochecer me dieron un cuenco de cacahualt. Cuando lo bebí, me tumbé sobre aquel mullido lecho, un sueño después de dormir durante días sobre el duro suelo. No sé cuánto tiempo estuve descansando, pero el obsesivo cántico de Quani Quetzalcoalt me despertó.

En aquel instante la luz del amanecer se filtraba por la estrecha ventana. Los soldados abrieron la puerta e irrumpió la Maliche, con una túnica larga o Reconozco que aquella peligrosa mujer era preciosa con su atuendo de princesa también. Me dijo que la audiencia con el emperador se retrasaba unos días porque antes deseaba contemplar los sacrificios y tranquilizar la furia de su dios “Luego te recibirá...” comentaba la Malinche. “Además ahora está bajo la influencia del mescal. Siempre toma esa droga, horas antes del ritual, y no desea ser molestado.” La muchacha desapareció en el umbral y unos esclavos me dejaron sobre una mesa una bandeja con tomatolt, (tomates que se comían al estilo azteca como las manzanas aquí), maíz y un buen cuenco de cacahualt. El chocolate procuraba no faltar en mi dieta y

permitió que recuperase fuerzas durante las siguientes horas.

Los cómodos descansos me ayudaron a restablecerme pronto para la audiencia con el emperador, aunque no supiese todavía qué nuevos peligros me esperaban en la Corte.

Así transcurrieron dos días y aquel temible cántico me despertó de nuevo en la noche. No se trataba de una pesadilla. Era verdad.

Me asomé a la ventana y un horrendo espectáculo desfiló ante mis asombrados ojos. En la alta pirámide que sobresalía por encima de los tejados de las casas y de los palacios, iba subiendo una larga hilera de prisioneros con los brazos abiertos en posición de ofrecerse a su dios. Con las palabras Quani Quetzalcoalt avanzaban por las resbaladizas escalinatas, y digo resbaladizas, porque en la penumbra de las poderosas antorchas de la construcción, se deslizaba como un río la sangre de las víctimas anteriores.

“Arriba esperaban los brujos con su cuchillo de obsidiana para desgarrar su pecho y arrancarles el corazón. El sacrificio se realizaba entre varios soldados drogados también y la víctima, fuertemente sujeta por ellos, era asesinada sobre un altar de piedra. Quería salir de la habitación, aquel espectáculo me daba náuseas, pero la puerta

estaba bien cerrada. Incapaz de soportar tanto horror, me desvanecí.

-¿Qué se escondía detrás de esos innumerables crímenes?

-He comentado antes que así su dios Quetzalcoalt daría al pueblo azteca fuerzas y protección cuando iniciasen su tarea de reconquista.

-Perdón... ¿Qué ha dicho?
¿Reconquista?

-Sí, ellos sueñan que volverán a gobernar su territorio. Pero no deseo adelantar los acontecimientos. Después de la macabra mutilación, sus cuerpos eran arrojados a un lado de la pirámide. Verdaderas montañas de carne, cientos de prisioneros se acumulaban.

“Al día siguiente, antes del amanecer y la llegada de los buitres, los esclavos del emperador recogían los cadáveres. Los cuerpos más débiles y deformados eran arrojados al lago que rodeaba la ciudad. Los más fuertes se troceaban y se asaban con chili para ser devorados en los banquetes por los pilli o nobles. En esas época, mejor dicho, en esa etapa de la nueva Tenochtitlan, la distancia entre aristocracia y pueblo era abismal como en los últimos años de reinado de Moctezuma.

Mientras se explicaba el profesor, no pude reprimir una gesto de repulsión ante aquellos salvajes rituales. Sin embargo el Sr.

Garrido proseguía su narración con cierta naturalidad, pues durante su estancia en aquel valle se familiarizó con esa mentalidad.

-Cuando me recuperé del desmayo me vi de nuevo sobre aquel lecho -dijo el arqueólogo-. A mi lado estaba la mesa con otra bandeja de comida. Rechacé la carne asada con esa salsa picante porque temía que perteneciese a los pobres desdichados de la pirámides. En cambio devoré el maíz, ayudado por buenos tragos de chocolate.

“Al día siguiente, antes de la hora de comer, se presentaron cinco soldados y me sacaron de la celda. Caminábamos con prisa entre las calles. No hacía falta que me vigilasen demasiado, pues en ese estado y en un lugar cerrado tenía pocas posibilidades de escapar con éxito. Entramos en el palacio. Cruzamos un puente colgante sobre el foso, mientras abajo los cocodrilos se escondían en el agua ante la presencia de humanos. Pasamos por diferentes salas y me encerraron en una cámara. En un extremo había un pequeño estanque que recordaba una bañera. Creo que estuve una hora allí. Luego entraron dos mujeres vestidas únicamente con una ... o taparrabos. Mostraban sus pechos, no daban importancia a su desnudez. Era un modo de pensar de aquel pueblo. Y me quitaron mi ropa, es decir mi sucio poncho. Me acompañaron al reducido estanque y allí me di

un buen baño, porque en aquellas condiciones no me podía lavar hacía tiempo.

“Me pusieron una túnica y entonces entró la Malinche. Me dijo que así estaba más presentable para ver al emperador. La Guardia Real, encabezada por Matoc, y la princesa Amezla me acompañaron amablemente hasta la Sala de Audiencias. Mientras caminábamos entre los anchos pasadizos del palacio, la muchacha me enseñó detalles de protocolo cuando se hablaba ante el emperador. Sin embargo no necesitaba sus consejos, pues sabía por mis conocimientos de Historia precolombina cómo debía hablar un plebeyo a un hombre de poder.

“Entramos en la inmensa cámara. Y allí, en un trono de piedra elevado sobre cinco escalones, me recibió un sombrío hombre con ricos atuendos y una corona de plumas de faisán. Su rostro parecía envejecido, pero todavía escondía mucha vitalidad. Su nombre era Matumotac IV, el Conquistador.

La Malinche me presentó como « un fuerte guerrero, digno de una poderosa estirpe, porque había sobrevivido a múltiples peligros como los mohetecas o las sombras de la Cripta de los Reyes. Debo aclarar antes que los túneles, abismos y salones que atravesamos en aquella cordillera recibían ese sombrío nombre. “Así, éste es el intruso que ha visitado las tumbas de nuestros antepasados y ha salido con vida” -comentó.

Cuando me presenté con mi verdadero nombre, alegue que no era ningún héroe, sencillamente el Destino había permitido que sobreviviese. Los cortesanos de la estancia se quedaron asombrados al oír cómo manejaba su lengua con fluidez. “¡Por Tenoch!” exclamó el emperador “habla en nahuatl”. Me describí entonces como un sabio, conocedor de su cultura.

Matumotac dijo que mi llegada suponía un augurio, pues se acercaba para ellos el Año de la Caña y que pronto se iniciaría un etapa de conquistas. Se refirió a la aparición de una estrella fugaz en la noche que marcaría su final y el nacimiento de un emperador guerrero que conduciría a su pueblo a la victoria. No entendía qué me quería decir con esas palabras, pero presagiaba una serie de calamidades. Después supe que aquella legión de personajes intrigantes se dejaba llevar mucho por la Malinche y por hechiceros y magos.

“Mis conocimientos de la lengua azteca me permitieron resolver ciertas dudas y cuando pregunté si conocieron al Sr. Barea, me respondieron que “...admiraban a ese sabio, pero su marcha provocó su final.”

“Sin embargo ellos también ya tenían referencias mías, gracias a la calculadora Amezla y por ello decidían dejarme con vida pero como prisionero. Así se decretó por el emperador y ocupé una rica habitación dentro

del palacio. Permanecí siempre vigilado entre los muros del edificio. Cuando salía a pasear por los jardines también era seguido de cerca por dos soldados. Cualquier posibilidad de fuga era un sueño inútil. Y vivir en esas condiciones, como un animal atrapado, me exasperaba.

“Recibía frecuentes e inoportunas visitas de la Malinche. El Sr. Barea tenía razón cuando en sus últimas palabras dijo que tuviésemos cuidado de esa mujer. Era fría, calculadora y, sobretodo, muy hermosa. Por ello supo ganarse el importante lugar de concubina favorita del emperador en momentos de transición.

-Perdone... ¿Ha dicho transición? - pregunté con cierta perplejidad.

-Sí, durante esos meses aquel perdido imperio en el valle de Oaxalanca empezó a sufrir una serie de cambios. Supe por rumores de los atemorizados sirvientes y esclavos de la Corte que pronto moriría Matumotac, y no sería por su excesiva edad. Como he comentado antes aquel emperador y su pueblo se dejaba manejar mucho por los falsos consejos de adivinos y hechiceros. Sus oráculos predecían constantemente que con la llegada de la... o estrella fugaz se iniciaría esa deseada etapa, la muerte aceptada de Matumotac, la subida al poder de la Malinche durante un período provisional, y el regreso

de un líder, un emperador guerrero. Sería Macematoc.

-Recuerdo ese nombre. ¿Se refiere al que vieron en la Cripta de los Reyes?

-Sí.

-Pero...

-Esos brujos aztecas eran conocedores de la magia negra. Según afirmar sus creencias, devolverían la vida a esa vieja momia y bajo su sabiduría comenzaría una época de guerras de expansión.

Como periodista me quedé sorprendido ante sus palabras, pues no sabía si el profesor Garrido deliraba o me estaban contando una historia de espada y brujería.

-No, no me mire así. Es cierto –replicó el arqueólogo. Usted sabe que a estas alturas no puedo mentir. Pero no deseo adelantar los hechos. Comentaba que recibía visitas de Amezla. No sé si era un descarado modo de insinuar una cierta atracción hacia mi persona. Deducía por una conversación entre temblorosos esclavos que después de la llegada del renacido señor de la guerra, la Malinche debería convertirse en su fiel mujer. Y esa ambiciosa muchacha no estaba de acuerdo en ser la esposa de una momia, aunque ésta adquiriese la apariencia de un guerrero joven por la magia negra. Sin embargo los brujos insistían en que debía cumplirse la profecía para iniciar la conquista, sobretodo la última parte.

“Creo que me llegó a proponer que yo podría ser ese líder si aceptaba una serie de condiciones. Respondí que no quería problemas y repetí que deseaba volver a mi civilización. Si me iba con su ayuda, prometía que no diría nada sobre este descubrimiento. Y ella me dio la misma contestación: “El extranjero que entra en Tenochtitlan Iyac, no sale jamás.”

“Deseaba probarme continuamente y por ello me sometió a unos rituales para ver si era fuerte, para ver si era el hombre adecuado.

“Una tarde irrumpieron por sorpresa varios soldados en mi cerrada casa. Me cogieron por los brazos mientras deseaba que una lanza atravesase mi pecho y que se acabase esa falsa comedia. Sin embargo no fue así. Entró un brujo cubierto por una larga túnica y la insidiosa Malinche, siempre estaba ella detrás de las malévolas operaciones. El hechicero llevaba entre sus manos un cuenco que despedía un agradable olor a cacahuatl, pero era extraña su actuación. Me ordenaron que bebiese. Al negarme, me obligaron. Antes de perder el sentido, oí de nuevo las crueles carcajadas de Amezla.

Sabía que aquel brebaje estaba drogado. Debieron añadir mescal y alguna droga más, pues entré en un imparable mundo de alucinaciones que duró dos días. O así me lo dijeron los esclavos.

-¿Recuerda qué soñó?

-Sí, pero puede parecer un estupidez.

-En su libro escribe que usted veía sus anteriores vidas.

-Sí. O al menos mi inflamada imaginación jugó con ese tema. No me atrevo a asegurar nada.

-¿Lo puede volver a explicar?

-Una sucesión de diversas imágenes desfilaban por mi mente como quien ve una película de aventuras. La primera impresión era sentir el aire fresco de la mañana en mi piel. Luego me veía cubierto de pieles... Mis largos cabellos y espesa barba dominaban mi rostro. Iba armado con un hacha de sílex y caminaba entre rocas y una jungla. Mi nombre era entonces Hurm, un salvaje cavernícola y vivía en un poblado situado en un inmenso valle. Traía piezas cazadas con mi arco, flechas y mi lanza. Admiraba la belleza de Ibna, una dulce muchacha de cabellera negra y rizada. Sin embargo sus recelosos padres y el consejo de ancianos decidieron casarla con otro hombre de la tribu. Ante el dolor, abandoné ese lugar que solamente me reportaba malos recuerdos. Caminé durante muchas lunas. Comía carne de los animales que cazaba... Llegué a enfrentarme contra los smilondons o tigres dientes de sable con mi lanza. En mi oscura e interminable soledad no me importaba perecer entre las fauces de algún felino. Sin embargo encontré una tribu que realizaba una larga migración hacia el

norte y me uní a ellos. Se asentaron en unas montañas y allí conocí a la hermosa Ecnara de cabellos rubios. Se convirtió en mi mujer y formamos un hogar entre las cuevas que salpicaban aquella cordillera.

“Sé que estas palabras parecen otro relato de fantasía, digno de Jack London o Robert E. Howard, pero el resto de mis vidas pasadas estaban llenas de más aventuras y riesgos.

“En la época romana, en concreto durante el gobierno del emperador Augusto, fui un destacado auriga. Mis orgullosos corceles y mi cuadriga corrieron en el circo de Roma. Una vez unos misteriosos hombres de reinos orientales desafiaron a Augusto. Estaban dispuestos a ganar una carrera a cambio de enormes sumas de sestercios. El emperador recurrió a mi arte en estas competiciones. Y después de una larga y tensa carrera conseguí vencer al enigmático auriga, un encapuchado que aquellos emisarios de Oriente designaron para la dura prueba.

“Durante la Edad Media, fui un guerrero más que ayudaba al Cid en su lucha para tomar Valencia. Recuerdo el asalto que se avecinaba en la sitiada ciudad, cuando ya era nuestra. Los árabes de ... estaban dispuestos a reconquistarla. Lluvia de flechas, gritos de guerra. Los enemigos intentaban minar nuestra resistencia, pero nuestro líder nos

daba fuerzas con su presencia, sus palabras y su arte en la espada. Mi pesada maza aplastó muchos cráneos y cascos de árabes.

-¿Qué más experiencias o vidas recuerda? -pregunté como si fuese un niño que escucha de su abuelo historias de batallas pasadas.

-Durante el Renacimiento fui un próspero comerciante de Génova. Mantenía buenos tratos con los Médicis y tuve contacto con los círculos culturales de Italia. Sí, reconozco que me enriquecí artísticamente y en el aspecto monetario, pero esa vida fue pobre en emociones. Fue muy tranquila, como un sencillo paseo.

“También en el siglo XVII fui un espadachín que huyó de la intrigante corte de Felipe III de España y con unos delincuentes como tripulantes y un galeón robado del puerto de Cádiz, me dediqué a abordar los navíos ingleses que a su vez habían atacado a los españoles cuando regresaban con el oro de América. Las velas de mi barco y sus poderosos cañones causaban miedo en el Mar Caribe. Ante mis servicios que involuntariamente beneficiaban a Felipe III, el monarca decidió decretar mi perdón y me convertí en un respetado noble. Sin embargo me trasladé a Sudamérica, pues los astutos aristócratas del palacio eran muy peligrosos. Antes preferiría enfrentarme a una flota de navíos ingleses que a esa tribu de cortesanos

Mi vida en el siglo XIX, como hijo de un acaudalado comerciante inglés, estuvo llena de excesivas emociones. Mi nombre fue Walter Brass y mi padre me envió a Estados Unidos, poca antes de la Guerra de Secesión. La intención era completar mis estudios en Boston. El viejo bergantín que me llevaba estaba en un estado dudoso para realizar un viaje de gran envergadura. Pero finalmente el Sophie se hizo a la mar. Después de días de navegación, cuando ya sobrepasamos las Islas Azores, sobrevino una violenta tempestad y, ante los embates de gigantescas olas, el navío quedó parcialmente dañado.

“Durante la tormenta me refugié en la bodega. En el vaivén del buque mercante, un pequeño barril cayó y me golpeó la cabeza. Cuando desperté, note tranquilidad. Todavía aturdido, subí a cubierta para comprobar que... ¡Habían abandonado el Sophie sin mí y el velamen y la arboladura estaban desmanteladas por la furia de los elementos. En aquel cascarón estuve unas semanas. Afortunadamente dejaron agua y víveres, pero sabía que en esa situación no aguantaría demasiado tiempo.

“Cuando parecía que se acababa mi existencia allí, distinguí la silueta de otro bergantín, el Lincoln, que me recogió inmediatamente. Durante unos días me recuperé, pero los problemas no se acababan. Una noche hubo un motín y después de un

tiroteo en cubierta, intercambio de amenazas y traicioneras cuchilladas, abandonamos el capitán, cuatro fieles tripulantes y yo el bergantín en un bote. ¡Sin víveres y sin agua! ¡Sin una mísera brújula para guiarnos!

Allí empezó nuestra tortura durante unas interminables horas. La locura del hambre nos obligó a pensar un crimen; matar a uno de los marineros después de ser escogido por un juego de cartas que tenía el capitán para sobrevivir los demás. Y cuando iniciamos la siniestra elección, apareció otro navío en el horizonte. El mercante Valerius nos llevó hasta Nueva York. Nos salvamos y callamos los horrores pensados de nuestra solitaria experiencia en alta mar.

Debo resaltar mi última aparición bajo esas diferentes máscaras llamadas vida. Fui durante la segunda mitad del siglo XIX un modesto compositor inglés. Bernard Simons hubiese sido un hombre más entre la sociedad londinense, pero unos determinados acontecimientos que sacudieron el barrio de Whitechappel, me hicieron vivir con tensión. Era un joven músico, deseoso de abrirme camino en el complejo mundo de las partituras, que cosechó pocos éxitos y bastantes fracasos. Al final para poder subsistir acabé dirigiendo una orquestina de aficionados en un Teatre de Varietes de ese barrio londinense caracterizado por calles estrechas, siempre húmedas y cubiertas de

basura. Los mendigos, delincuentes y prostitutas se paseaban entre la creciente niebla, ante negros carruajes. Me alojaba en una sucia buhardilla y por la noches en el teatro y, en concreto, en el foso dirigía a los sencillos músicos, mientras en el escenario representaban comedias con temas maliciosos e incluso obscenos que poco tenían que ver con la rígida moral impuesta por la reina Victoria. Luego salían bailarinas que mostraban sus piernas a compás del Can-Can francés, muy apreciado por los ingleses, aunque luego los caballeros lo negasen por fuera.

El edificio era una vieja casa convertida en teatro y en un prostíbulo de lujo, pues las rameras de la calle daban poca confianza. Durante el otoño de 1888 se produjeron los famosos asesinatos de Jack el Destripador. Dicen que no pudo ensañarse con la tercera víctima... Claro... Porque ante los gritos de la muchacha, irrumpí yo en la oscura calle y vi a un altivo hombre, cubierto por una capa negra y un sombrero de copa. Huyó ante mi presencia, pero ya había cortado el cuello de la pobre mujer. Tuve tiempo de ver su alargado y amarillento rostro. Era un actor que a veces intervenía en las obras y farsas que se interpretaban en el teatro, en el mismo sitio donde yo dirigía la orquestina. Por tanto mi vida corrió peligro, pues él también me reconoció. Pero su obsesión era matar a

inocentes prostitutas. No sabía si acudir a Scotland Yard... Sin embargo un detalle histórico es cierto. Después de la quinta víctima desapareció misteriosamente. Y el actor también se marchó de la ciudad. Yo abandoné también ese barrio para volver a casa de mis padres y dedicarme a su negocio...

Escuchaba las palabras del arqueólogo y su espontaneidad para expresarse me dejaban estupefacto continuamente.

-Después despertó... –seguí prisionero de la curiosidad.

-Sí, y vi entre la espesa neblina de los ojos dos borrosas figuras, la Malinche y el brujo. Mis embotados oídos percibieron la maligna voz de Amezla “Sí, es un hombre fuerte, digno de su estirpe y de su pueblo. Es el que necesitamos. Ha soportado las pruebas más difíciles para llegar vivo a Oaxalanca. Debería ocupar el trono del viejo y supersticioso emperador que carece de ambiciones” decía la muchacha.

Luego tuve la sensación de ser transportado en una camilla. Desperté definitivamente en el lecho de mi estancia. Entonces tenía mucha sed. Los aztecas sabían que la primera reacción después de semejante droga era una abrasadora sed y ya pusieron una enorme jarra de agua en la mesa. En pocos minutos la vacié.

Así transcurrieron unos días tranquilos. Y todavía fueron más plácidos sin la presencia de la Malinche, aunque los cortinajes del palacio continuamente murmurasen su nombre. Sus amoríos eran reconocidos y comentados entre soldados y esclavos, pues sus ardientes brazos habían tenido desde un copero de la Corte hasta el capitán de la Guardia Real. Y su rabia aumentó al ver que no podía seducirme con su encantos, falsos encantos, pero siempre reconocí que tenía un cuerpo hermoso y bien proporcionado. Y mi rechazo hacia ella también fue un motivo de constantes rumores.

“Un noche llamaron a la puerta de mi habitación. Cuando la abrí, vi a una muchacha india, vestida con una .. o túnica corta. Sobre su negro y alargado cabello llevaba una blanca cinta, detalle propio de las chitolis o vírgenes. Se presentó como Ainala, hija de esclavos y se ofrecía como prostituta para satisfacer mi placer. Me negué y alegué ante los soldados de la puerta que se debía tratar de un error, pues no había requerido los servicios de la citada muchacha. Pero aquellos toscos hombres rieron estrepitosamente y sus carcajadas resonaron con ironía en el patio interior del palacio. No había ninguna equivocación. En la habitación Ainala dijo que la propia Malinche había ordenado que ella acudiese para cumplir esa misión. Me seguí negando. Le quité la cinta y

añadí que hablase con la princesa para mentir, para afirmar que había perdido la virginidad. Entonces sus ojos se abrieron por el miedo y no era por mi generosidad. Yo no hubiese forzado o coaccionado a una mujer para hacer amor con amenazas e insultos. Donna fue la única mujer que me amó. Lo podría decir si ella estuviese con nosotros.

“Entonces Ainala se puso de rodillas y empezó llorar sin soltar mis manos. “Uxua, Uxua” imploraba. Pedía piedad. Si no salía de esta cámara con la virginidad perdida, la Malinche ordenaría que pasase a la lista de los próximos sacrificios en la primavera. Me horroricé al imaginar que su final sería en esa pirámide y acepté la situación.

“Nos dirigimos a mi lecho, pero repito una vez más que aquella dramática escena fue impuesta por la astucia de la Malinche. Luego Ainala me dijo, con lágrimas en los ojos y cubriendo de besos mis manos, que me agradecía su esfuerzo para ayudarme y que nunca olvidaría ese favor. Sin embargo continuaban sus sollozos, pues ella tampoco no lo pasó muy bien.

“De un modo deshonroso había salvado la vida de aquella muchacha desconocida para mí. Cuando salió de mi casa se escucharon pequeñas risas entre los soldados. Amezla debía disfrutar ahora con estas situaciones.

-¿Duro mucho esa tortura? -pregunté

-Fue el comienzo solamente. Formaba parte de su acoso para conseguir que se doblegase mi voluntad. Un día el noble Anatoc se casaba con Azla, una bella muchacha que, aunque no perteneciese a la clase aristocrática, era hija de unos campesinos enriquecidos.

-Sin embargo usted ha dicho antes que en esa ciudad, entre la clase noble y el pueblo había cierta distancia.

-Y lo mantengo. Me pareció extraño, pero yo fui generosamente invitado a la boda. Anatoc debía ser muy conocido y respetado en la capital, pues sus esponsales se celebraron en la plaza principal. Hileras de familiares, amigos y, por supuesto, esclavos participaban en la ceremonia que ofició un brujo en un templo. Al lado había una pequeña pirámide para estos actos.

“Después del “sí”, salimos del edificio para quedarnos durante unos minutos al pie de la citada pirámide. Entonces el mismo hechicero subió por los escalones hasta la cima. Sobre el altar alzó su cuchillo de obsidiana y desgarró el pecho de un niño y una niña entre cinco y diez años. Sacaron sus corazones y desparramaron la sangre del órgano todavía palpitante sobre las cabezas de los invitados, quienes gritaban de alegría. El abominable ritual significaba que había largos años de felicidad para la pareja y para el pueblo. Después trocearon los cadáveres y

los asaron al chili para repartirlos entre los invitados durante el banquete, en especial los nobles. Aquel día yo no tenía apetito y rechacé cualquier cuenco de comida ante las severas miradas de los asistentes.

-¡Esa gente está loca! –exclamé con asombro.

-Sí, pero por ejemplo ellos no entendían nuestra religión, no comprendían por qué un hombre debía ser crucificado...

-¿Cómo conocían ellos nuestras creencias?

-Recuerde que entre nuestra sociedad hay aztecas infiltrados con otra personalidad para informar al Valle de Oaxalanca sobre nuestras actividades. Una vez hablé con un brujo del templo y me dijo que sabía que nosotros también sufríamos una etapa de constantes cambios como la caída de un muro que separaba Europa.

Las palabras del arqueólogo despertaban más intriga.

-Pero proseguiré con el día de la boda – me dijo el profesor Garrido-. La comida duró toda la tarde y después vino el momento de la danza. Unos soldados tocaban unas largas trompetas y unas muchachas unas delgadas flautas. Y una hilera de hombre y de mujeres se acercaban al centro de la plaza para iniciar un baile.

-¿Estaba el emperador?

-Sí, ya he comentado que ese tal Anatoc debería tener amigos poderosos, pues no se trataba de cualquier boda. Y junto a Matumotac IV, estaba la perversa Malinche, quien no apartaba la vista de mí. Sé que sonreía, mejor dicho notaba que su sonrisa se clavaba en mis entrañas cuando durante la ceremonia, sobretodo cuando eran sacrificados aquellos niños, niños previamente drogados con mescal, pues su ojos estaban dilatados y caminaban como aturdidos.

“Un día fui reclamado de nuevo por la Malinche en sus cámaras privadas. No se rendía, pero el motivo de mi presencia era enseñarme el famoso tesoro de Moctezuma. Bien... Quiero aclarar antes que se trataba del oro que lograron esconder los aztecas de Quatemoc antes de la definitiva victoria sobre su ciudad arrasada. Los indígenas vieron que sus plumas de Quetzal y los granos de cacao era una moneda pobre que no podía competir con el oro y fueron acumulando cualquier pieza fabricada en ese codiciado metal, desde estatuillas de adorno y regalos de nobles hasta las indumentarias que llevaban cortesanas y prostitutas.

Los ojos de Amezla lanzaron un extraño brillo cuando dijo que yo estaba a punto de ver el mítico tesoro por el cual muchos hombres habían muerto. Accionó una losa del suelo, cercan a su lecho, y un muro giratorio

de abrió. Cogió ella una antorcha y penetramos en un largo y estrecho túnel. Un camino más que acababa desembocando en una abandonada cripta. Aquel palacio tenía un sinfín de laberintos y pasadizos secretos que ignoraba. Sin embargo daban a esa tenebrosa estancia donde se hallaban pequeñas montañas de oro en monedas, figuras y atuendos. Desde su precipitada huida de Tenochtitlan, bajo las órdenes de Quatemoc hasta hoy, iban trayendo riquezas de todo el mundo, pues sabían que con esa sólida moneda podían comprar a más guerreros para su futura conquista. “Barea también vio esas joyas” –añadió la Malinche con malicia. Las llamas de las antorchas arrancaban dorados destellos a unas estatuas de soldados de considerable tamaño. Luego regresamos a sus habitaciones. Pensé que intentaría seducirme de nuevo pero acabé durmiendo solo en mi casa.

-Entonces su objetivo era una realidad y no un sueño –dije-. Comprobaron que ese tesoro no era una leyenda.

-Pero ya ve a qué precio hemos llegado para verlo –respondió amargamente-. No lo estamos disfrutando. Los componentes de la expedición murieron de un modo horrible. Yo era el único superviviente, sin embargo permanecería como prisionero entre esos indígenas.

-Bien... En su libro usted hace alusión a la llegada de una estrella fugaz –continuaba.

-Como ya he afirmado antes, era el momento de fuertes cambios en Tenochtitlan Iyac. Una noche fui despertado por un constante escándalo en las calles y en el patio del palacio real. La gente salía a la calle entre cánticos y murmullos ininteligibles. Pero todos los presentes con asustados rostros tenían otro gesto en común; señalaban el negro firmamento. Se veía un estrella fugaz. Simbolizaba el comienzo de esa esperada etapa. Muchos aztecas se dirigieron a los templos o a la gran pirámide. Consciente de hallarme ante más problemas, decidí volver a mi lecho, pues quería estar bien descansado antes de enfrentarme a ellos.

“Las profecías de los brujos se cumplieron al pie de la letra y no falló ni un insignificante detalle. El emperador cayó enfermo de una manera sospechosa la tarde del día siguiente. Su retorció de dolor, bajo fuertes sudores que empapaban sus ropas y las sábanas de su lecho dorado. Sus ojos, desorbitados ante la proximidad de la Muerte, mostraban una horrenda agonía. No estuve presente en su peor momento, pero así me lo contaron algunos sirvientes que fueron mudos testigos de su sufrimiento. Murió al amanecer. No habían pasado ni dos días desde la aparición de la mencionada estrella. Los verdaderos conspiradores iban muy

rápidos en sus planes. La Malinche no fue vista por los pasadizos del palacio porque se encerró en sus estancias.

“El protocolo y las sagradas leyes de los aztecas decían que el cuerpo del emperador debía ser expuesto en la plaza del palacio durante un día, antes de ser enterrado. Sin embargo se notaba la prisa por ejecutar importantes cambios en la ciudad y se suprimió esa ley. Su amortajado cadáver salió del palacio. Una majestuosa comitiva se alejó de la ciudad con los retos de Matumotac al atardecer. Caminábamos a través de los puentes sobre el lago y los anchos canales con visible emoción. Los encorvados portadores de las antorchas marcaban un aire lúgubre en aquel nublado crepúsculo. Encabezaban el cortejo los brujos encapuchados, después la Guardia Real con un sonriente Matoc, pues percibía que pronto subiría de categoría. Después iban personajes de la familia imperial como las esposas y la concubina favorita, la Malinche con una irónica mueca en su rostro, idéntica a la de Matoc. Después... más soldados portaban el difunto sobre un lecho. Y por último más soldados, esclavos, cortesanos y yo, en calidad de testigo.

“La tradición decía que el emperador debía ser enterrado en la Cripta de los Reyes, es decir atravesar aquellos lagos y junglas durante días para depositar su cuerpo en el

interior de aquellas montañas. No se hizo nada de eso. Sí, reconozco que querían hacer muchas cosas en poco tiempo y no podían perder demasiadas semanas en cumplirse el ritual. Nos detuvimos en un inmenso claro antes de penetrar en la selva. Allí los soldados trajeron leña y gruesos troncos. Montaron en una hora una magnífica pira. Y sobre ésta, depositaron el cuerpo.

“El brujo que encabezaba la comitiva habló con voz cavernosa sobre las gestas y hechos de la vida del fallecido emperador.

“A continuación se escuchó un cántico por parte de unas esclavas. Después de unas sonoras palmadas, el hechicero más altivo ordenó que la Malinche cogiese la antorcha y prendiese fuego a la pira. Y lo hizo con un porte majestuoso que no correspondía a su maldad interior.

El cadáver ardió junto a los troncos y ramas y se volvió a oír el cántico de las esclavas.

-¿Qué ensalzaban en el citado canto? – pregunté.

-Repetían con una melodía fúnebre las palabras del brujo y añadían que nos esperaba una vida mejor.

-¿Y después de la ceremonia...?

-Regresamos a Tenochtitlan Iyac. Enseguida me quise encerrar en mis estancias, pues yo predecía verdaderas masacres por las calles de la ciudad sin

necesidad de tener poderes como los adivinos indios.

-¿Cómo quiere decir?

-Verá... cuando en la antigua Roma o cualquier imperio moría su gobernante, automáticamente caían en desgracia sus amigos más cercanos. Y los aztecas pensaban como nosotros. Durante los siguientes días empezaron detenciones de familias. Muchos cortesanos acabaron en la prisión. Alegaban que intentaban atentar contra la vida de la Malinche, que iba a ser la sucesora como afirmaba en su testamento escrito y guardado en el templo de los brujos. ¡Ah! Me gustaría saber qué se habló en realidad entre aquellos muros.

Otros decidieron suicidarse en sus casas. Y se formaron hileras de supuestos conspiradores que serían sacrificados en la próxima primavera para rejuvenecer la sangre de Quetzalcoalt.

Transcurrieron cinco días de tensiones, misteriosas muertes y desapariciones tanto en la calle como en el mismo palacio. Pensaba que yo estaría en la lista maldita, sin embargo no fue así. Me tenían reservado para una suerte peor. ¿Para qué nos vamos a engañar?

“A la mañana siguiente Amezla fue proclamada emperatriz de Tenochtitlan Iyac. Su pomposa ceremonia fue en la plaza central de la ciudad y no en el palacio porque así decía que conseguiría estar más cerca de su

pueblo para ayudar y para poner fin a sus problemas. Aprendía rápido, muy rápido. No quería asistir a la coronación, pero los soldados entraron en mi casa o prisión y me obligaron a acudir allí entre la muchedumbre. Se escuchaban nuevos cánticos, esta vez acompañados de gritos y aclamaciones cuando ella recibía en su cabeza la corona de plumas de faisán de manos de un brujo. Asistía a la degradación de un imperio.

“Cuando acabó el acto, fui llevado inmediatamente a mis habitaciones y no fui molestado durante unas horas, lo cual me produjo cierta sorpresa, pues me temía que pronto me llamaría la Malinche para hablar de asuntos políticos, y usted ya sabe que sus planes no me gustaban.

Amezla II gobernó durante los primeras semanas su pequeño imperio con firme decisión. Su astucia se manifestó en más de una ocasión para solucionar casos de rivalidades entre nobles y mercaderes. En cambio apenas escuchaba los quejas de los plebeyos. La clase aristocrática se volvió más cerrada y compacta. Y lógicamente favoreció el estamento militar, pues necesitaba el apoyo del ejército para mantenerse en su trono y para iniciar posteriores conquistas. Matoc se convirtió en el general de los ejércitos de Oaxalanca y la Malinche decretó que las guerras y saqueos a pueblos de Oaxalanca terminaban. Ya no habría más matanzas, más

esclavos, ni más sacrificios. Pero a cambio irían los aztecas por esos poblados para formar forzosas levadas. Así ampliarían el grueso de las tropas. Cuando ella tomaba estas decisiones, yo estaba obligado a ir a la Sala de Audiencias, siempre vigilado por los guardias. Después supe que me hacía estar allí para que viese su poder. Cuando un noble preguntó qué se hacía con los presos mientras recordaba que las mazmorras estaban llenas, Amezla sonrió y respondió que serían los últimos sacrificios que se harían en la primavera para honrar una vez más a Quetzalcoatl. Después con su vigor transmitido y el ejército preparado se iniciarían las conquistas.

“Pasaban los días y comenzaba a pensar en mi enorme celda que era un cuerdo en un mundo de locos. Y la idea de escapar acarició mi cerebro, sin embargo cuando comprobaba la férrea vigilancia puesta a mi alrededor, desistía. Sin embargo reconozco que la idea empezó a atormentarme. Huir a cualquier precio...

“Una tarde paseaba por los jardines imperiales. A distancia me seguían dos soldados y desde los muros del palacio y las garitas de piedra, otros guardias disimuladamente no apartaban la vista de mí. Entonces se acercó un obeso intendente de la Corte y dijo que la emperatriz deseaba verme a solas en sus estancias particulares.

Acompañado por los aztecas, entré en el recinto, atravesé varias cámaras y me dejaron en la enorme habitación de Amezla. Su cama era enorme, cubierta de pieles y sábanas. E incluso para llegar a esa montaña de ropa se debía subir una pequeña escalera de madera.

“Entonces una figura semejante a una frágil llama se movía como un felino. Era la emperatriz. Me pidió que subiese a su cama mientras con un imperioso gesto ordenaba a los soldados que se marchasen. Cuando llegué a la cima... quiero decir a ese amasijo de suaves sábanas y calientes pieles, pude ver su cuerpo desnudo. Era hermosa... Ya lo he dicho varias veces, pero un hombre como yo solo vive de recuerdos del pasado. Solamente deseaba volver a mi civilización.

“Se mostró peligrosa e insinuante y otra vez negué con amabilidad su agradable trato cargado de engaños. Entonces la mirada de Amezla adquirió el brillo de la venganza. Dio unas fuertes palmadas y entraron los guardias. Me temía que no dormiría en mis cómodas estancias y así fue. Me tumbé sobre las duras y frías losas de las mazmorras del palacio, pues el camastro estaba lleno de paja seca y parásitos. De momento no me convencía para descansar. Sin embargo con el paso de las horas se convertiría en un lecho dorado ante el duro suelo de la celda.

“Y permanecí en ese lugar varios días hasta mi huida. Me trajeron comida y bebida.

Mis ojos se abrieron con la sorpresa. La historia cambiaba y tomaba otro rumbo por fin.

-Entonces... -dije con cierta alegría por escuchar solamente las penurias del desdichado arqueólogo- nos acercamos al final de su narración. ¿Consiguió escapar?

-Sí, pero no piense que fue un intento sencillo.

-¿Nos lo explica?

-Un momento... Vayamos por partes... Entre aquella lóbrega oscuridad no sabía si era de día o de noche y cuántas horas habían pasado desde mi encierro...

“Me quedé dormido, quizás el exceso de cacahuatl y alguna dosis de mescalina hicieron el resto. Y tuve un sueño que me causó miedo. Veía por unos segundos una comitiva encabezada por Matoc, un puñado de soldados, cuatro brujos, muchos esclavos y la litera que elevaba a la severa Malinche. Durante horas e incluso días avanzaban en la espesa jungla que nosotros habíamos pisado anteriormente. Luego veía el altivo cortejo que entraba en unos amplios túneles. Los reconocí en seguida porque... ¿Cómo podría olvidar esas angustiosas horas en ese paraje?

“Estaban en la Cripta de los Reyes. Sus potentes antorchas alejaban a las criaturas de la oscuridad. Así caminaron durante mucho tiempo, hasta llegar a la tumba de Macematoc. Estaba tal como la dejamos los

expedicionarios y yo. La tapa estaba apartada y la enjoyada momia parecía estar a punto de descomponerse.

“A continuación los hechiceros sacaron de sus anchas túnicas un viejo libro y unos polvorientos pergaminos e iniciaron un cántico muy antiguo. Entonces el ocupante del sarcófago sufrió una serie de convulsiones ante el asombro de los esclavos y soldados. Sus vendas se rasgaron, su cuerpo aumentaba de tamaño y su carne oscura se volvía más clara. Profirió varios gritos y se incorporó. Se sentó ante las miradas de los presentes. Luego el brujo ordenó que cubriesen al nuevo emperador con ricas túnicas. Después en aquella estancia, entre antorchas, los brujos y la Malinche recordaron historias de su pueblo y que estaban en el Año de la Caña, el año de la conquista, ante aquel joven renacido, que nada tenía que ver físicamente con aquella vieja momia.

“Y después la comitiva, con una nueva litera, es decir el lecho del nuevo emperador, abandonó esas bóvedas.

-¿Fue un sueño de verdad? –pregunté dudando de la bondad de la Naturaleza, pues aquella historia iba en contra de las leyes.

-Sí –afirmó el arqueólogo con tranquilidad-. Seguramente cuando tenía lugar ese ritual, se produjo mi pesadilla.

-Entonces daba comienzo esa nueva etapa.

-Ya he dicho que no se echaban atrás.

-Pensaba que se trataba de falsas ambiciones y no saldrían nunca del Valle de Oaxalanca. ¿Quién era Macematoc?

-Antes de fallecer el emperador, me permitió hablar con sabios y astrólogos de la Corte y leí pergaminos sobre ese personaje durante unos días. Se trataba de un prestigioso general que vivió hace dos mil años. Deduzco que por esa época los aztecas debían habitar las bóvedas y pasadizos de aquellas montañas. Era su hogar. Sin embargo esta parte de la historia no aparece en nuestros libros, por tanto se pierde también en la leyenda. El ambicioso militar pensaba derrocar al emperador Talatoc IV pero su conjura fue descubierta a tiempo y fue envenenado en la prisión.

“Entonces una profecía se murmuraba entre los hechiceros del momento. Sería momificado con la intención de volver y iniciar la reconquista de tierras perdidas. Esa pesadilla que sufrí no era una casualidad, ni el producto de una pesada digestión.

-¿Cómo logró huir de esa ciudad de locos?

-Un día entró Tocomac, un esclavo que me servía cuando yo era prisionero en el palacio. E iba acompañado por Aynala, la muchacha que soportó con estoicismo los

placeres de la carne de manera forzada por capricho de la Malinche.

Me dejaron mi ración de comida y dijeron que no me sobresaltase ante su llegada ni mostrase sorpresa. Gracias a la complicad del jefe de carceleros y del intendente, se había introducido en las mazmorras. “Debes escaparte y te diremos cómo” –me dijo la muchacha-. “He sacado una copia de la llave. Está escondida en el cuenco, entre el maíz. Cuando nos vayamos... sácala y abre tu celda. Camina en línea recta hacia la derecha. No te detengas. Cruzarás una estancia circular con dos pasadizos. ¡Por la bondad de Tenoch! No abras la puerta izquierda, límitate a caminar de prisa en el pasadizo de la entrada derecha. Después de largas horas encontrarás la salida.

Cuando pregunté por qué me ayudaba Aynala me contestó que fue por salvarle la vida de aquel modo, pues si no lo hubiese hecho, hubiese sido una víctima más de los próximos sacrificios en la gran pirámide. “Aprovecha estos días, pues no se darán cuenta de tu fuga” -dijo ella asustada-. “La emperatriz y los brujos se han ido a la Cripta de los Reyes, para realizar un macabro ritual y tardarán semanas en regresar. Para entonces tú estarás con los tuyos.”

“En ese momento comprendí que la magia negra podía vencer cualquier problema y me hallaba ante unos hechos que no tienen

explicación y que por tanto proporcionan esa angustiada sensación de miedo.

“Cuando mi inesperada amiga abandonó las mazmorras, seguí sus instrucciones e inmediatamente ya me vi en el prolongado corredor. Me alejé de la parte central del edificio y vi que me hallaba en una zona distanciada de la misma ciudad, pero bajo la tierra. Continué caminando... El resplandor de las antorchas disminuía e improvisé una para mi angustioso paseo.

Vislumbré las dos puertas. Sin embargo me preguntaba qué sucedía en la puerta izquierda. ¿Qué horrores escondían cuando suplicaba con sus ojos asustados que no entrase? En aquel momento escuché una fantasmal carcajada. La curiosidad me invadió y con cuidado accioné el dorado pomo. Irrumpí en una sala de forma circular. En el centro se localizaba una otomana de terciopelo rojo y, sobre ella estaba tumbado una muchacha completamente desnuda. Su piel marfileña contrastaba con el tono moreno de los aztecas. Aquella hermosa mujer no pertenecía esa pueblo. “¡Por Tamoc!”-exclamó ella-. “¿Quién eres? Nadie ha entrado aquí durante los últimos doscientos años. Al oír aquellas palabras, noté cómo mis cabellos ser erizaban.

Después de contemplar tantos hechos insólitos en Tenochtitlan Iyac me esperaba cualquier hechizo. La muchacha agitó su

densa cabellera negra y se levantó de su otomana para avanzar hacia mí con los brazos abiertos. “Ven, atrevido extranjero, y ama a Lavixia, tu ferviente esclava” –me suplicaba. Entonces los ojos de la mujer adquirieron un fulgor rojizo y maligno. Me asusté y retrocedí unos pasos. Atravesé el umbral y desde el otro extremo observé a aquella figura. Ahora desde ese lugar, era una momia de rostro apergaminado.

-¿A qué se debía esa visión?

-No lo puedo decir. Quizás se tratase de una inmortal prisionera de la magia negra... Quizás fuese una víctima más de esos aztecas. Dentro de la aquella cámara era hermosa, afuera imponía miedo. Le aseguro que no me quedé para averiguar el origen de su maldición. Cerré la puerta de un seco golpe y entré por el umbral derecho. Con razón mi amiga decía que no tentase al peligro.

“Y ustedes ya saben el resto...”

-Sí, en el libro omite el episodio con esa misteriosa doncella y explica su recorrido de horas a través de los túneles y cuevas. Sale por una grieta de una montaña y llega a un valle que no tiene nada que ver con Oaxalanca. Después es ayudado por unos campesinos y, tras explicar que es el único superviviente de la expedición, es recogido por las autoridades locales.

-Sí. Y me presenté de nuevo en mi ciudad con mucha expectación. Sin embargo fui

recibido con la sorpresa más amarga que me puede deparar el Destino. Donna había enfermado gravemente. Ningún médico supo diagnosticar qué tenía. Tuve tiempo de ver cómo murió. Además los periodistas e historiadores de la Facultad se agolpaban para que contase con detalles mi estancia en Méjico, pero alegué que quería descansar y que pronto escribiría esos acontecimientos en un libro.

-¿Cree usted que los aztecas llevarán a cabo sus horrendos planes de conquista?

-Solamente le diré que no se detenían ante nada. De esa raza espero cualquier masacre.

Francisco Javier Parera Gutiérrez

